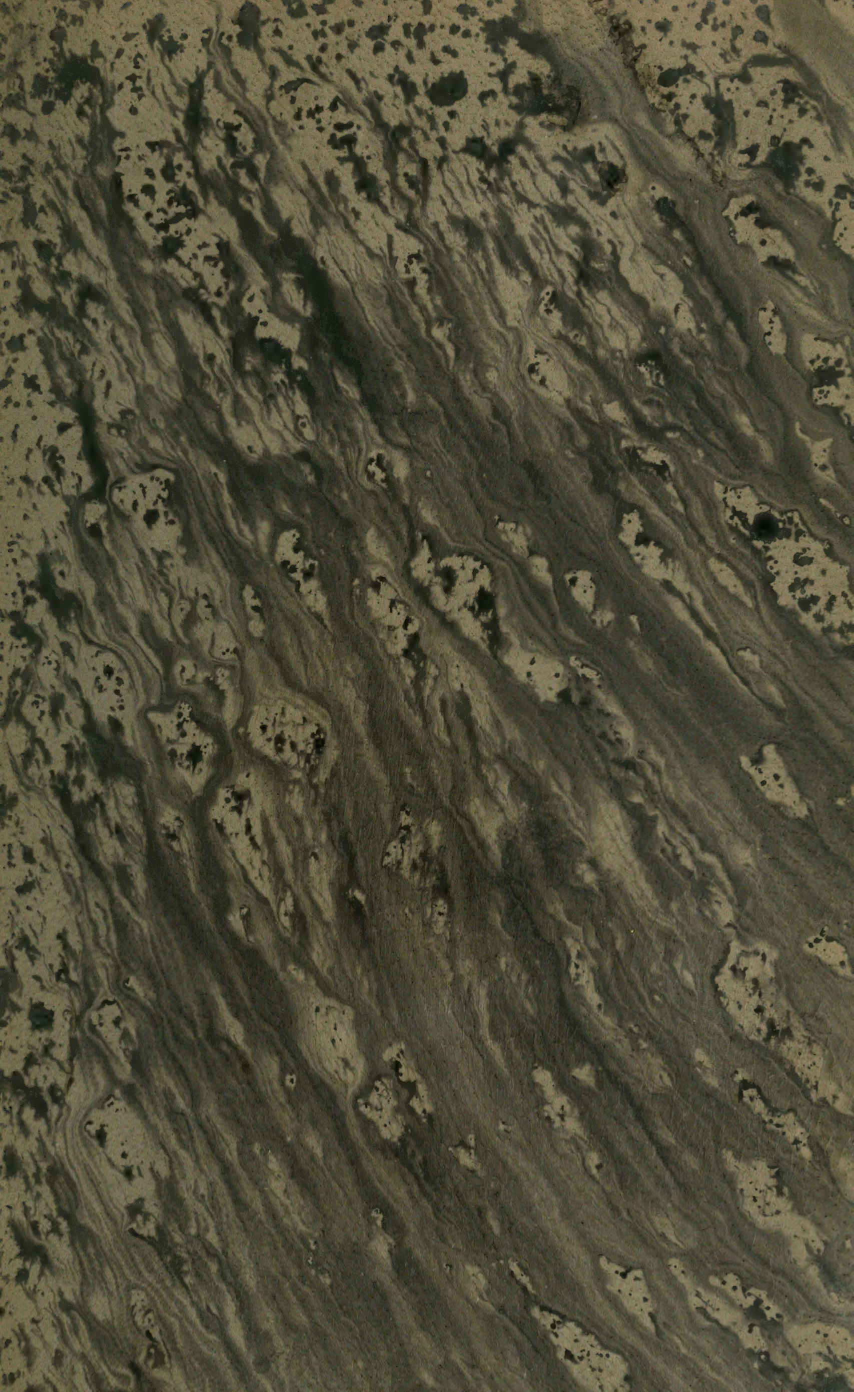
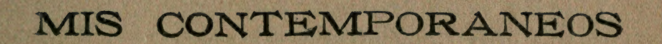







MIS CONTEMPORANEOS

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.......	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar).............	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **Laciencia y el corazón.—Milord** (Narraciones)....................	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición)............................	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — La doncella práctica.** (Narraciones.)..........	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela), **Cuentos alegres**....................	3
VIII.	**Notas íntimas de Madrid y París**..	3
IX.	**La miseria en un tomo.** **Cuentos y sucedidos**..............	3
X.	**Arpegios** (Poesías). **Noches en vela** (Poesías). **Teruel** (Recuerdos de viaje)........	3
XI.	**Malas costumbres.** (Apuntes de mi tiempo.).........................	3
XII.	**Flaquezas humanas** (Cosas del otro jueves). **Ellos y ellas** (Chistes... internacionales)..........................	3

Imp. y Enc. de J. Rueda.—Huertas, 58, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XIII

MIS CONTEMPORÁNEOS

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.

PRÓLOGO

De Irún á Cádiz, de la frontera de Portugal á la playa valenciana, conozco á todo el que ha hecho algo que merezca la atención de las gentes. El incógnito en España me está prohibido: veintidós años de constante comunicación con mis contemporáneos, en la política, en la literatura, en el teatro, en el Ateneo, en sociedad, en viaje, en la calle, en el paseo, en casa y fuera de ella, me dan algún derecho á conocer á *los míos*.

Llamo *los míos* á los artistas, literatos, actores, cantantes, oradores, banqueros, mujeres bonitas y caballeros particulares que han dado ocasión á la prensa para hablar de ellos en alguna ocasión y por cualquier motivo.

No pretendo ni me parece oportuno escribir sus biografías, que sería trabajo largo, monótono y sin interés del momento. Pretendo solamente *hablar de ellos*, decir cómo son, detallar sus personas, sus ma-

neras, sus costumbres, su *yo*. Será éste un trabajo de utilidad, no ahora, sino dentro de muchos años.

Los veteranos que han conocido á Napoleón el grande se ven constantemente acosados á preguntas sobre los detales íntimos de aquel grande hombre. Millares de personas que no han leído su biografía y le conocen por su inmensa celebridad, acuden al Museo del Louvre á contemplar su tradicional sombrero.

Nuestra época quiere prescindir, por lo que respecta á las personas, de esa historia eterna de todas las notabilidades, en la que se refiere su nacimiento, sus primeros premios en el colegio, sus notables disposiciones para el arte ó el estudio en que después brillaron. No seré yo biógrafo de ninguno de mis amigos ó compañeros; pero procuraré hacerles un retrato moral, que es lo que en lenguaje moderno llamamos semblanzas. Semblanzas son, pues, éstas, y no otra cosa.

El trabajo es largo, el tiempo breve: todas las personas, ó casi todas las que en éste y otros tomos han de ser incluídas, tendrán á la larga su biógrafo minucioso. De mí no esperen sino la impresión que directamente me causaron; algo como esas dos líneas que los autores dramáticos franceses solían poner antes en el reparto de sus comedias, para que el actor ó el lector adquiriesen la idea primera del carácter: «*El conde:* cuarenta años, pelo blanco, andar lento, traje pasado de moda, carácter agrio, un poco tartamudo. *La generala:* vieja verde, tocado

extravagante, maneras vulgares, temperamento nervioso, monomanía de chismografía...»

Algo así serán mis bocetos. Un croquis para que el pintor pueda llenar mis cuatro rayas de color. En ciertos casos una fotografía, alguna vez una caricatura; pero no es culpa mía si ellos son así, y yo franco por naturaleza.

Van todos revueltos; banqueros y políticos, actores y cantantes, pintores y académicos, actrices y novelistas, celebridades y particulares. Los doy como los juzgo, y nadie se dé por ofendido, porque no hay nada más ridículo en la vida social que el particular descontento de su retrato porque no lo encuentra muy hermoso, ó el hombre que va á la fotografía recién peinado y con tres placas en el pecho.

Mis retratos, bocetos, fotografías ó *pasteles*, son obra de una discreta observación, sin prevención contra nadie ni adulación para ninguno.

Algunos han sido escritos antes en francés que en castellano, por lo que resulto traductor de mí mismo. Otros pienso traducirlos del castellano al francés, que es como volverles el forro. De este modo les hago viajar y correr el mundo conmigo, en lo cual ni ellos saldrán perdiendo de la propaganda ni yo de la honrosa compañía.

Escritor en dos lenguas, acaso no hablo bien ninguna; pero así puedo disculparme de la una con la otra y repetir, con un colega que se halla en mi caso, y á quien el médico dijo en cierta ocasión:

—Tiene usted hoy la lengua irritada.

—No importa — dijo él — porque hoy es la francesa.

EUSEBIO BLASCO

Madrid 1886.

GARCÍA GUTIÉRREZ

Al oirnos hablar de D. Antonio á todas horas en el saloncillo del teatro de la Comedia, decía un forastero:

—¿Por qué se ocupan ustedes tantos de Cánovas?

—No, no es Cánovas nuestro ilustre amigo, nuestro padre común, por todos los autores dramáticos venerado. Le llamamos como al jefe del Gobierno; pero sépalo usted, el hombre que ocupa todas nuestras conversaciones es D. Antonio García Gutiérrez.

Para nosotros, los que vivimos de telón adentro, este venerable anciano es, antes que el autor y el poeta, el ilustre amigo á quien salimos á recibir á la puerta del escenario, y á quien llevamos del brazo al sillón de junto á la concha, cuando puede ir á ver los ensayos de sus comedias.

—Don Antonio, ¿le parece á usted bien así?—dice la actriz.

—¡Qué hermosos versos, D. Antonio!—le dice un poeta.

—¡Pero este D. Antonio, parece que tiene quince años!—exclama un compañero suyo en la Academia.

Y D. Antonio, con sus cabellos blancos, su sombrero un poco echado hacia atrás, sus gafas azules, su gabán largo y las manos en los bolsillos, temeroso como un principiante, y cariñoso con todo el mundo, parece, allí en el escenario, el abuelo de aquella familia de artistas y de poetas.

Ni le hay más modesto ni más afable.

Nadie que le ha hablado una vez dejará de quererle, y aunque valiera menos se le querría lo mismo; tal es la atracción que ejerce sobre sus semejantes.

Los grandes éxitos le cogen dormido. Carlos Coello suele ir á despertarle y darle cuenta de lo que ocurre. No haya miedo de que se vista y vaya al teatro y salga á la escena. Fué, sin embargo, el primer autor dramático español á quien el público hizo los honores de la presentación en público. Pero desde que conoce su autoridad, quiere prescindir de estas vanidades. A su actitud debo yo la resolución de no salir nunca á la escena en noche de estreno, porque cuando estos genios de la escena dan ejemplos

de tal modestía, ¿quién que sienta la pena de no serlo ha de atreverse á asomar á la puerta del foro cada vez que le aplaudan una redondilla, como diciendo:—Aquí estoy, ó esperando estaba á que me llamaran? En ningún país de Europa se abusa tanto de estas exhibiciones como en el nuestro.

Don Antonio García Gutiérrez es de los que han logrado la inmortalidad en vida.

Para el público de Madrid es ya un autor legendario. Es siempre el autor de *El Trovador* y del *Rey Monje*, de *Venganza Catalana* y de *Crisálida y Mariposa*. En sus dramas no suele haber grandes tiradas de versos, ni décimas preparadas para hacer efecto, ni nada de lo que constituye el *métier* de los perros viejos del teatro; pero con sólo abrir un manuscrito, y sin conocer su letra, se adivinaría que era suyo por las finezas del estilo.

Sólo él sabe decir aquello de

Cuan lejos de ella esté,
Veré si olvidarla puedo...
Pero ¡ay señor! tengo miedo
De que no la olvidaré.

Sólo él ha presentido, desde que hacía centinela, las delicadezas que suelen tener los poderosos de la tierra. Cuando escribió *El Trovador* era soldado. Hoy impera en las letras españolas.

Le premier qui fut roi fut un soldat heureux,

decía el poeta francés. ¡Dichoso soldado el venerable poeta, que ha llegado al trono de la gloria por aclamación de todas las personas de buen gusto!

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

—¿No es *verdá*, Eusebio?—decía siempre el gran español de las letras, al caer de la tarde, en nuestra reunión íntima del Ateneo.

Los socios que allí acuden á gobernar el mundo en torno á la chimenea le recordarán siempre. Manuel mentía con un descaro aterrador; pero mentía con tan pintoresco estilo y con tal brillantez de imágenes, que se le oía con mucho gusto.

A veces las invenciones pasaban ya de castaño obscuro, y entonces, sin verme, me buscaba con la voz y exclamaba para que yo garantizase la exactitud de su relato:

—¿No es *verdá*, Eusebio?

Y yo le daba siempre la razón:—Es verdad. Yo lo ví. ¡Delante de mí pasó! Y Manuel, muy contento, decia:

—¡Ahí lo tienen ustedes!

Llenaría volúmenes si hubiera de referir las mil anécdotas de su vida, que conozco muy bien porque siempre fuimos íntimos amigos, y yo fuí, además, de los pocos á quienes permitió opinar de cosas suyas. ¡Qué de cuestiones hemos tenido! ¡Qué discusiones de doce á cuatro de la madrugada, en sitios imposibles, adonde me llevaba para leerme cosas estupendas, todas magníficas, todas grandes, porque ya que se ha muerto lo reconocerá todo el mundo: Manuel Fernández y González ha sido el único autor de gran imaginación esencialmente español, que hemos tenido!

Ahora se hacen rapsodias de invenciones francesas, imitaciones de Zola, *estudios*, naturalismo, todas esas novedades absurdas, pobrísimas de invención y de estilo; pero el gran novelista *nuestro* era él, y á la vez un poeta de grandísima inspiración, un loco suelto, constantemente atacado de la manía de las grandezas...

—Vente conmigo.

—¿Adónde?

—¡A cualquier parte, á cenar y á hablar!

—Pero hombre, mira que es la una y media de la noche...

—¡Vente conmigooo!

Y daba un alarido que hacía venir al sereno corriendo y haciendo sonar las llaves y la pica, y creyendo que nos matábamos. Y había que ceder y meterse á veces en unos *restaurants*, en

unos cafés... ¡me valga Dios! como diría Peña y Goñi.

En aquellas cenas se ha gastado el gran novelista *más de un millón de reales*. No, no exagero; y los que le hayan conocido íntimamente sabrán que durante ocho ó diez años Fernández y González ganó dos ó tres mil reales diarios, que percibía todas las tardes en la librería de Guijarro y que se gastaba en cenar y en hablar. ¡Cuántas veces le he acompañado á la librería, y al bajar del coche me decía:

—¡Paga!

—Pero oye, ¿no tienes dinero?

—Oye tú, vanidoso, ¿lo tienes tú?

—Pero yo no cobré ayer 100 duros.

—Pues yo los cobré y me los gasté; luego soy más gran señor que tú.

—No grites, que se para la gente.

—¡Y qué! ¡Oirán la voz de D. Manuel Fernández y González y tendrán el honor de oirla de baldeee!!

Y así todos los días.

Se levantaba, por aquel entonces, muy tarde, en su casa del barrio de Argüelles, donde tenía dos ó tres secretarios y quince ó veinte perros. Dictaba dos ó tres novelas á un tiempo, novelas de aquellas que le hicieren inmortal, y que, pese á los franceses, están á la altura de las mejores de Dumas ó de Sué, novelas que se llaman *Men Rodríguez de Sanabria*; *El cocinero de Su Majestad*,

Los Siete Infantes de Lara, María, Los Monfies de las Alpujarras y tantas otras, hasta trescientas ó más que escribió. Vivía á la vez como un pordiosero y como un Príncipe; todo era en él desaseo y lujo, desorden y fastuosidad, desarreglo y esplendor. Gastaba diariamente doscientas pesetas en *champagne*... y no había muebles en su casa!

Los perros y los secretarios le consumían dos ó tres mil reales al mes, y el casero le citaba á juicio porque no le pagaba. Dedicado exclusivamente á la vida intelectual, absorbido por sus imaginaciones y fantasías, aquel hombre no tenía tiempo material para pensar en la prosa de la vida; creía haber hecho la conquista de una gran señora, y acudía á una cita, (que él había soñado) con los pantalones rotos, la cara y las manos sucias y mil duros en el bolsillo, que luego pasaban á manos de un hostelero cualquiera ó de un cobrador de cuentas atrasadas.

Lo importante para él, lo necesario, lo *indispensable*, era crear, pensar alto y hablar gordo y convertirse él mismo en un personaje de sus novelas.

—¡Oyes, tú!—me decía—me ha escrito la Duquesa de... que está *enamorá* de mí.

—¡Mentira!

Y esto le exasperaba... y allí se armaban unas disputas que algunas veces acabaron con los platos y las botellas por el aire... pero como al

fin y al cabo reconocía que había querido hacerme una *novela personal*, andando ó cenando quedábamos tan amigos.

Era el àndaluz más andaluz de todos los andaluces, como yo pretendo ser el aragonés más aragonés de todos los aragoneses, de modo que, adornado él con la exageración, que yo detesto, no podíamos entendernos, y tal vez por eso nos quisimos tanto. En la amistad, como en el matrimonio, los caracteres iguales no se llevan bien

—Yo paso porque me hagas observaciones,—decía—pero no me desmientas delante de la gente, porque me ofenderé, y yo, cuando me ofendo, soy terrible!

—Bueno, me comprometo á darte siempre la razón en público.

Y de ahí vino á quedar en costumbre mi obligado testimonio en el Ateneo, en la calle, en París, en todas partes.

—En París he tenido yo más éxito que aquí —decía.—Dumas me pidió á mí consejo... *¿Verdá, Eusebio?*

—¡Verdad!

—¡Ahí lo tiene usté! Este me conoce.

¡Y él era feliz así y yo feliz de que él lo fuese!

Pasarán muchos años, muchos, antes de que tengamos otro poeta y novelista nacional como éste que todos lloramos, y á cuya memoria hay que rendir forzoso culto. ¡Qué asombrosa facilidad en la inspiración robusta, grandilocuente,

española de sus versos! ¡Qué pasmoso conocimiento, casi instintivo, de épocas, hombres, costumbres y cosas! No es posible pintar la época de Felipe III con más colorido que en aquella novela del cocinero Montiño, donde los incidentes dramáticos se suceden con admirable rapidez.

Conocedor de nuestros romanceros y cancioneros populares como ninguno de los contemporáneos, con su hermoso drama el *Cid* los ha continuado, confundiéndose con los originales sus versos legendarios. Y siempre era él el autor de aquellas concepciones dramáticas, por cima de las cuales estaba siempre su personalidad originalísima. Subía jadeante, muerto de fatiga, el actor Delgado á su cuarto, después de haber hecho el segundo acto del drama entre frenéticos aplausos, y decía el autor, como si se tratara de una cosa de poco más ó menos:

—*¡Ma gustao ese finaliyo!*

Le perdió su carácter, que ahora parecerá del gusto de todos. Hubiera sido correcto, cuidadoso de su persona, y le hubiéramos visto tal vez diputado, embajador, académico... pero ya no hubiera sido *él*, y las letras lo hubieran perdido. *Él* se creía superior á la humanidad; pero sus vanidades y orgullos nos complacían á todos, y se los perdonábamos con sumo gusto en gracia de su talento, tan digno de admiración y de respeto.

¡Pobre amigo! Murió pobre después de haber ganado una fortuna. Los comerciantes y los banqueros, los hombres arreglados y los pobres de espíritu dirán que le estuvo bien empleado. Los amantes del genio y de las glorias patrias rendirán culto á la memoria de este español ilustre, cuyo nombre no morirá, porque representa las glorias de una generación, de la que ya vamos quedando pocos... y sólo quedamos los más humildes...

FORTUNY

(Sic volvere parcas).

VIRGILIO

MURIÓ Fortuny, lloráronle todos, deudos, amigos y admiradores, compatriotas y extranjeros, artistas y aficionados, inteligentes y vulgo. Una persona de su familia me escribía á los pocos días del triste suceso, pidiéndome una biografía del gran artista. Por los grandes dolores no pueden expresarse bajo la primera impresión.

Por otra parte, yo no he sabido, yo no sé á la hora de ésta cómo dar forma á mis recuerdos: Tratárase de un compañero de letras, de un *igual*, si se me permite, y dijera sin temor cuanto supiera y pensara del que había sido mi amigo; pero se trata de un artista tan alto, de un amigo tan caro, de una personalidad tan

excepcional, que la empresa me parece árdua y peligrosa. Yo no podría hablar del sol en el lenguaje de la astronomía sin decir garrafales desatinos; yo no sé del sol sino que me da luz, me calienta, me alegra, me deslumbra ó me ciega. Podré hacerle versos, pero sin comprenderlo; y lo mismo me sucede con Fortuny; le admiré, me fascinó, le lloro, pero no alcanzo á estudiarlo. No he de hacer su biografía, porque ya está por otros hecha, ni tiene nada de notable. Nació para pintar, y pintó desde niño; pintó para asombrar, y *asombró* desde joven; nació para morir y vivió de prisa y murió de pronto. Al sol le comparé, y no me pesa. Amanece, luce, fecunda, ilumina, cae y desaparece; y esto es en un día. Pero es astro cotidiano, luz de faro que desaparece y torna, mientras que en el arte los astros son tardíos; el que se pone no vuelve á salir: los grandes artistas son como los cometas; vienen de tarde en tarde, traen revoluciones artísticas, géneros nuevos, nuevas maneras, grandes progresos, luces y sombras á otras no parecidas: así fué Rafael, así fué Miguel Angel, así fué Goya, así era Fortuny. Una novedad, una revolución, un albor, un relámpago, un nuevo día. ¿Qué escuela siguió? La suya. ¿A quién imitó? A nadie. ¿Qué género hizo? Todos. ¿Cómo se ha de hablar de quien está por cima de lo humano? ¿Cómo se ha de juzgar al que no se parece á nada?

Yo he recibido la noticia de su muerte con tanta pena, que no pude hacer ni una biografía, ni un apunte, ni un artículo, ni una historia. Yo no puedo hacer hoy más que coordinar recuerdos, exponer detalles, datos perdidos. Yo hablaré de él como se habla en familia cuando se recuerda al que se ha perdido para siempre.

Quien haya vestido lutos puede recordar conmigo ese momento terrible en que se vuelve á la vida normal después de los primeros días de de un duelo. La familia ha pasado los eternos días de una enfermedad asistiendo al padre, al esposo, al hermano, al hijo que va á morir según todos los síntomas.

La terrible prueba se verifica; el enfermo espira, suena llanto ruidoso, la familia se dispersa, la madre es arrancada de la cabecera del moribundo, los hijos se unen en doloroso abrazo, cada cual busca secreto desahogo y se aparta á lejano aposento. Aquella noche y el día siguiente, y cinco ó seis días después, todo es anormal, todo es extraordinario. Entierro, visitas, llanto interrumpido, palabras de consuelo, recuerdos, molestias, lágrimas contínuas, todo lo que constituye eso que en el lenguaje de la vida moderna se llama *el novenario:* poco á poco el llanto disminuye, la familia se concentra; ya el traje negro es el uniforme de los desolados; ya los deudos y amigos van dejando á la familia sola; ya han pasado días; ya no se vive en ese desorden

que ocasiona una desgracia, y llega por fin ese día en que la familia, silenciosa y triste, pero al parecer más calmada, va junta *como antes* al comedor á sentarse á la mesa; y entonces... entonces llega un momento de amargura sorda, terrible, en que el pesar pasado parece leve, porque entonces se echa de ver que en la mesa hay un hueco, que hay un *sitio vacío!*

¡Ah, el sitio vacío! ¡El lugar que ocupaba el sér que ya no es, aquél con quien vivíamos y cuya existencia era la nuestra, aquél cuya mirada nos alentaba, cuyos labios nos sonreían, cuyas palabras nos enseñaban, cuyo amor nos hacía dichosos! Pues bien, lo declaro; si yo fuera artista, si viviera en París, en Roma, allí donde hay gremio, asociación, colonia artística, museo, taller, estudio, todo lo que constituye la vida del arte, yo no sería feliz en muchísimo tiempo, porque estaría siempre viendo el *sitio vacío,* el alma de Fortuny, su mirada serena, su inspiración flotante, la observación atinada, el consejo ineludible, la enseñanza cariñosa, el modelo constante, la escuela personificada.

Aun sin serlo, temo volver á visitar París ó Roma, ver allí tanto artista español notabilísimos y no verle á él, que ha hecho más pintores sin quererlo que admiradores sin buscarlos. Recuerdo sus viajes de Francia á España, de España á Roma, seguido de una cohorte de discípulos amigos. Todos queriendo sorprender aque-

lla manera especial de *hacer*, aquel colorido inmutable, aquellos sueños trasladados al papel, á la tabla, al lienzo... porque Fortuny lo era todo: acuarelista revolucionario, pintor de historia, dibujante á la pluma, paisista, pintor de género, colorista insigne, soñador siempre, ya terrible como Goya, ya dulce y delicado como el Sancio. Yo nunca he admirado más *á placer* que viendo sus cuadros.

¡Qué contraste tan notable ofrecía su gravedad casi austera con el carácter ligero, alegre, decidor ó frívolo de los pintores franceses! Vivía entre ellos mudo, porque yo no he visto persona de más aparente melancolía que nuestro artista. Aquella hermosa cabeza, aquellos ojos serenos generalmente elevados al cielo, revelaban un alma tan llena de poesía, que no era difícil, aun á los que no le conocían, adivinar que era un hijo del arte el hombre á quien por primera vez miraban. Yo no recuerdo una excursión al monasterio de Monserrat hecha con Fortuny y varios amigos suyos y míos que me hizo pensar largamente en la frenología. En lo alto del monasterio hicimos un descanso para almorzar, y allí encontramos un viajero que á las pocas palabras nos declaró su nombre y su manía. Era Cubí, el frenólogo tan discutido. Fortuny, á quien Cubí no conocía, estaba en aquella constante postura suya; el codo apoyado en la mesa, y la cabeza apoyada en la mano, de la que no solta-

ba nunca aquel pañuelo blanco que casi nunca llevaba en el bolsillo. Miraba al cielo; devoraba con la mirada los dilatados horizontes que abarca la vista desde aquella inmensa altura.—¿Se podría adivinar lo que somos?—le dijo un bromista al frenólogo.—Yo le juro á usted,—dijo éste,—que si el señor (y señaló á Fortuny) no es músico ó poeta, debiera serlo.—¡Lo es todo á un tiempo!—dije yo entonces.—Y Fortuny, ruborizado, encarnado como una amapola, se levantó y nos dijo marchándose:—¡Qué más quisiera yo! —Ya era entonces admirado por sus obras. Pero entonces y después siempre fué tan modesto como sencillo en su trato íntimo.

No he visto artista menos maltratado; mejor dicho, no he visto ninguno notable á quien á lo menos no miren con envidia; pero á Fortuny no le ha envidiado nadie, porque no ha habido quien compita con él y la envidia no es más que la competencia malograda. Debo á su nombre la satisfacción más grande de mi vida, porque nunca, ni al leer la historia patria, ni al ver en París á los pocos veteranos franceses que quedan de la guerra de la Independencia mutilados por el plomo español, ni al ver en los puertos de Italia las inscripciones que acreditan nuestra dominación, ni al gloriarme de ser compatriota de Méndez Núñez, ni al sentir esa satisfacción que producen las glorias nacionales, nunca, repito, he sentido más orgullo de ser español que el día en que

Groupil expuso en su almacén del boulevar el cuadro de *La Vicaria*.

La acera estaba invadida; los transeuntes, apretados, codeándose, se alzaban sobre la punta de los pies para ver el cuadro, aunque fuera de lejos; los guardias no podían abrir paso; la circulación del público se interrumpía; la gente llegaba hasta el otro lado de la calle. ¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Qué es ello? Y el público francés, el público europeo, el público del mundo, porque allí se reune el mundo civilizado, repetía el nombre del pintor español, y la palabra *español* salía de todas las bocas.—¡No hay más allá!—decia Charles Blanc, el gran crítico de artes.—¡No hay más allá!—repetía la gente.—Fortuny pasó el día en el taller, siempre con la hermosa cabeza echada hácia atrás apoyada en la mano, ¡siempre soñando!

Y era un sueño su vida. La gloria, la fortuna, el amor... siento hablar de Cecilia; los libros van á todas partes, Cecilia llorará siempre, pero es ávida de la gloria de su Fortuny, será ávida de la gloria póstuma... yo no quisiera darla más penas... más hay que decirlo, porque hay que hacerlo constar: en medio de una sociedad francesa y romana, entre dos vidas de desorden y de escándalo, la mirada descansa con gusto en el regazo de una esposa amante, de un artista morigerado, de unos hijos hermosos, legítimos, educados á la española..., el recuerdo se detiene

contento en el seno de una familia de artistas donde brilla la virtud y resplandece al amor de los amores; la esposa, la madre, los hijos... ¡qué interior aquél! ¡qué amoroso el nido! Fortuny hallaba luces desconocidas en los ojos de Cecilia, que era para él sueño, modelo, inspiración, alma, vida.

Pero no, la vida es dón prestado. Dura lo que quiere el destino: la muerte es caprichosa; hiere sin piedad á diestro y siniestro; no reconoce inteligencias, ni abolengos, ni categorías... á veces siega las flores y respeta cuidadosa la cizaña; suelen vivir más aquellos que debieran vivir menos; llega el pobre á viejo y muere joven el sobrado; los que azotan á la humanidad y ponen á contribución la sangre ajena, esos viven, su existencia se prolonga, las naciones se alarman á la menor noticia de sus padecimientos ligeros; el valetudinario coronado vive más y mejor que el robusto príncipe á quien arrebata el trono; el legislador sabio y virtuoso muere en la flor de la vida, mientras al revolucionario fortalecen la vida el trasiego afanoso, la destrucción incesante...

Pero, ¡qué importa! Esta frase terrible para sus deudos, para sus amigos, para la amante esposa y los hijos sin padre, esta es la coronación de la humanidad en la tumba del genio extinguido á la vida material y perecedera. ¡Qué importa! Vive y vivirá eternamente. Yo he sen-

tído el hálito de Rafael ó de Miguel Angel en las logias del Vaticano. Nuestros descendientes respirarán la atmósfera del arte moderno, cuando admiren la obra del artista Fortuny. Lo repito; su biografía, sencilla como él mismo, no significa nada para los que tengan ojos y vean. ¡Nació, pintó, asombró... no puede morir, su muerte es un sueño más, eternamente largo.

Honorate l'altísimo poeta,

pusieron los italianos en la tumba del Dante. *Honorate l'altísimo pittore*, debían escribir los romanos en la tumba del pintor español que ha enriquecido con su nombre el catálogo de los maestros del arte.

La pérdida es tan grande, que no espero verla resarcida; pero me juzgo dichoso de pertenecer á una generación que produce artistas como Fortuny; y quédenos el consuelo de que enmedio de nuestra decadencia política y social, tenemos, digámoslo con legítimo orgullo, tenemos artistas que llenan el mundo.

LESSEPS

Una noche, en la Embajada de España, me encontré con Mr. de Lesseps, al cual no había visto desde 1870.

Un apretón de manos y la agradable sorpresa expresada en cariñosas frases:

—¡Usted!

—Yo.

—¿Recuerda usted el día de la boda?

Había yo asistido á su matrimonio en Ismailia, el mismo día de la inauguración del canal de Suez.

Ya tenía entonces Lesseps cerca de sesenta años.

Desde aquella fecha hasta la presente, este hombre extraordinario ha tenido once hijos, y ha emprendido otro negocio colosal, que se llama la ruptura del istmo de Panamá.

Es realmente excepcional este francés medio español, cosmopolita en las grandes empresas.

Los convidados del embajador de España le contemplaban con asombro.

Lesseps era allí la personificación del siglo del progreso y de los adelantos maravillosos.

Para él no existen ni el tiempo ni la distancia.

Los demás míseros mortales dedicados á las artes ó á las letras envejecemos en el rincón de nuestro gabinete dando cuartillas á la imprenta.

Lesseps está hoy tan fuerte, tan vigoroso, tan enérgico como allá en Ismailia cuando servía de guía á la Emperatriz Eugenia montando en camello.

Recordaré siempre la mañana de la inauguración del canal.

La Emperatriz, que en quince días había logrado aprender á montar en camello, al que hacía galopar como si se tratara de un caballo de paseo, llegó al pabellón donde debía verificarse la boda de Lesseps. Dió un fustazo á la pesada cabalgadura, que se arrodilló delante de un círculo de españoles y franceses, y saltó á tierra.

—¡Vive l'Empereur! ¡Vive la France!—gritó Lesseps que venía delante.

¡Cuantum mutatus ab illo! — podríamos decir ahora.

Desde entonces acá todo ha cambiado. El Imperio no existe, el Egipto está en la anarquía;

los soberanos de la tierra que en aquella noche célebre simbolizaban la paz europea, en el banquete con que el virrey obsequió al mundo allí reunido, están ó destronados ó en enemistad alarmante. La Francia es república; España ha pasado por una revolución; una dinastía extranjera, un *cantón* y una restauración; el Príncipe imperial ha muerto en un país salvaje...

En doce años todo ha sufrido los embates de la fortuna.

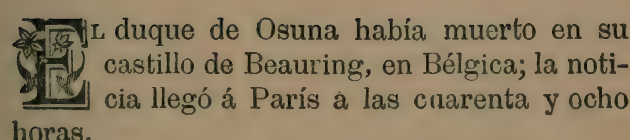
Pero Lesseps existe, y acomete empresas extraordinarias, y encuentra en toda Europa el apoyo y la admiración de las gentes.

—¿Por qué?

Porque representa algo que está por cima de todas las mudanzas humanas.

Porque Lesseps es el progreso.

EL DUQUE DE OSUNA



El duque de Osuna había muerto en su castillo de Beauring, en Bélgica; la noticia llegó á París à las cuarenta y ocho horas.

Quién no ha oído alguna vez decir á sus padres cuando de niño ha pedido algo que costaba muy caro: ¿Te figuras, muchacho, que eres hijo del duque de Osuna?

¡Más rico que el duque de Osuna! Esto es un proverbio en España. La realidad y el vulgo, unidos, han hecho de esta casa solariega el colmo de la grandeza y de la esplendidez.

Porque la reputación de los Rostchilds, los Mackay, en Europa; de los Manzanedos y de los otros millonarios contemporáneos en España, es pura y sencillamente de dinero, mientras que la fama de los Osunas es de lujo, de ostentación, de algo parecido á lo maravilloso.

La generación actual, como la anterior, han

oído hablar de las mesas puestas en todas las capitales de Europa para recibir al señor duque á cualquier hora que llegase, en sus diferentes palacios y castillos; su palacio de Madrid, cuyas puertas se abrieron hace años, después de una larga clausura, nos pareció la resurrección del feudalismo. Se dan papeletas para visitar su armería, como para ver los establecimientos del Estado; su biblioteca es célebre; en un pueblo de Alemania, donde tiene una casa de campo, nos refirieron hace diez años, que cuando el duque iba á pasar diez ó doce días, nadie podía hacer componer el reloj, porque el relojero del pueblo no podía, según orden-contrato, dedicarse, durante la estancia del duque en el pueblo, más que á los relojes de su excelencia...

Y, sin embargo, se ha dicho que el duque que acaba de morir era el más pobre de los Osunas habidos y por haber. Su testamentaría pasa por el expediente más intrincado de la nación. Los acreedores de esta gran casa, según voz pública, figuran por centenares de millones, y aun así y todo, ha sido el embajador más ostentoso que España ha tenido en la corte más aristocrática del mundo.

—Después de él—decía hace once años un diplomático,—¿quién podrá ir á San Petersburgo?

Asombra, en efecto, la relación de sus larguezas en la corte del Czar.

Se sabe que solamente en abanicos regalados á las damas rusas, gastó allí sesenta mil duros.

En cierta ocasión, el padre del Czar actual, le regaló un perro soberbio.

El duque habló de sus perros de España. El Czar dijo que nunca había visto perros españoles.

Aquella noche los secretarios del duque enviaron á España telegramas que costaron seis mil y pico de reales. A los cinco días el Czar tenía delante de sí un pastor español con seis perros magníficos, llegados todos en trenes exprés, á todo gasto...

¿Quién pudiera referir todas las magnificencias que se cuentan de los Tellez-Girón, celebérrimos y potísimos? Hay algo en ellos de fantástico, de legendario; son los últimos restos de aquella nobleza más poderosa que el rey y más fuerte que el clero, ante la que el pueblo, miserable y servil, se humillaba deslumbrado por su esplendor, esencialmente español. Son el mundo antiguo que desaparece...

El duque, de cuya muerte me ocupo, era militar; muy joven aun, fué nombrado Embajador de España en Rusia; y los gobiernos que se sucedían le conservaban allí, convencidos de que nadie como él podía representarnos *en grande*.

Yo había oído hablar tanto de los Osunas, que nunca me parecían séres reales.

Más de una vez creí que ya no existían sino en los retratos ahumados del Palacio de las Vistillas...

Un día, hace años, me dijo Grilo:

—Ven esta tarde á casa de la condesa del Montijo. Va el duque de Osuna...

Me apresuré á visitar á nuestra ilustre amiga. Efectivamente, á eso de las cuatro, el criado anunció al duque, que acababa de llegar de Alemania.

¡Qué efecto nos produjo aquel hombre!

Era un viejo algo rechoncho, pálido, qué digo pálido, amarillo como la cera, con los ojos muertos; entró arrastrando los pies; no veía, iba casi á tientas... no habló más que de su mala salud y de un sin fin de baños y aguas minerales que había tomado ó pensado tomar; unas aguas con nombres imposibles.

Grilo y yo nos consideramos más ricos que él.

Yo lo dije poco después en unos versos á mi amigo, en los que me he declarado *pobre y contento*...

¡Y pensar que ese hombre es ese duque de Osuna, con cuya fortuna sueña tanta gente! Decía el poeta de las ermitas, y añadía:

—Dí la verdad: ¿Qué le encuentras de envidiable?

—¡La mujer!—exclamé.

Era, en efecto, la duquesa, su esposa, una

hermosísima dama en todo el *éclat* de la belleza. Al retirarse del salón, ella le ofreció el brazo á él, porque, ya lo he dicho antes, el duque no veía.

A los dos ó tres días le volví á ver en un baile.

—Osuna, Osuna;—decían los convidados en voz baja; y le abrían paso.

Iba cargado de placas, bandas, estrellas y rosetas de todas las órdenes del mundo.

Se le admiraba como si á todos nos hubieran dicho:

—Ese que viene por allí, toma chocolate con diamantes, y en lugar de pastillas para la tos, traga monedas de cinco duros...

Los mismos nobles, los aristócratas de raza, le miraban como á superior.

Era un español sesenta veces conde, duque y marqués, veinte ó treinta veces grande de España. Desde Cádiz, hasta la última aldea rusa ha sonado su nombre como derrochador de oro... era *el duque de Osuna y del Infantado,* lo cual es como llamarse Madrazo en las artes, ó Alcalá Galiano en la política, ó Salamanca en los negocios, ó Saavedra en la literatura, ó Curro Guillén en la tauromaquia.

Su residencia de Beauring, en Bélgica, donde ha muerto á los setenta y dos años, después de una gloriosa existencia, dedicada á gastar dinero, es esplendidísima. En ella han pasado temporadas algunos soberanos de Europa sin

echar nada de menos de lo que abunda en sus palacios.

Una gran parte de su fortuna, decía un periódico parisién, al anunciar su muerte, va á parar á la marquesa de Javalquinto, una dama que tiene las manos más bonitas de España.

Ya es algo.

NÚÑEZ DE ARCE

Núñez de Arce, les digo yo á los que no le conocen y me preguntan por él, es un hombre bajito, delgado, con ojos vivos y penetrantes, la barba rubia tirando á colorada, sumamente nervioso, facilísimo de exasperar, porque es de aquellos que, según la expresión vulgar, no aguantan ancas de nadie...

De su talento nada tengo que decir, que ahí están sus obras, por todo el mundo leídas.

Es antes que nada poeta lírico, á la manera de Alfieri, es decir, enérgico á tal punto, que no conociéndole se le supondría un Goliat, según sus versos rebosan vida, fuerza, pasión y grandes miras.

Ha hecho dramas sombríos, porque le gustan los asuntos que alguien llamaría *hondos*. Fué periodista en sus juventudes, y periodista revolucionario. La edad calma estas cosas. No ha

concluido en conservador como otros, pero ha sido ya ministro del Rey, y en honor de la verdad, la prensa le ha aconsejado que no vuelva á serlo, porque los hombres de letras no son á propósito para la vida oficial; solamente que ellos se empeñan en que sí, y de todos los que en España han pasado de las musas al teatro..... político, creo que soy el único convencido de que se compadece muy mal una cosa con otra.

Núñez de Arce ha llenado un gran vacío en nuestro tiempo, y por eso su nombre quedará. Habíamos tenido el poeta lírico romántico Zorrilla, que es ya un nombre histórico, á pesar de que el poeta vive (y Dios le conserve muchos años).

Nuestras revoluciones políticas y literarias exigían un representante del lirismo moderno, el poeta de la libertad y del progreso, expresando su poesía en conceptos grandiosos y bajo una forma correcta. Núñez de Arce es ese. Sus versos son nuestra edad, su forma es clásica, esencialmente española, intraducible, sobria, severa, pero grande.

Ama la gloria. No lo dirá, pero se le adivina. Esto, además, es peculiar de todo el que vive del público. Sus lecturas en el Ateneo y el éxito de sus libros le agradan más que los éxitos de la ambición. El tiempo que ha perdido en elecciones y cabildeos para llegar á la poltrona, le hubiera cundido más haciendo tomos de poe-

sías. Aun así y todo, no ha perdido horas. Es trabajador, cualidad rarísima entre los españoles.

Se le acusa de malhumorado y desabrido; pero si no lo fuera perdería fisonomía moral. Yo le prefiero así, tronando siempre contra una porción de cosas que los demás dejamos pasar; pero acaso su mismo carácter le ha servido para imponer su personalidad en muchas circunstancias políticas.

En vida de Ayala, que fué su amigo más íntimo, tuvo con éste diferencias graves. En los últimos años de la vida de aquel otro gran poeta nuestro, llegaron á estar completamente reñidos, y ambos lo sentían con toda el alma. Más de una vez fuí testigo de estos pesares íntimos, y aun intermediario, sin que uno ni otro lo supieran. Pero los dos eran soberbios, altaneros y rencorosos. Murió Ayala, y Núñez de Arce estuvo en su entierro. Fué el primer paso, y el último.

Es Núñez de Arce en su trato particular, afable y cariñoso, siempre que no se le contraríe en puntos de vista que él tiene por indudables, ya políticos ó literarios. Artista por naturaleza, rechaza y abomina todo este movimiento naturalista, que es expresión de nuestro tiempo egoísta y vicioso. Cuando se le habla de ello se exaspera; pero ya he dicho al comenzar que se exaspera fácilmente.

Nunca fué rico, á pesar de luchar con la vida y transigir á veces con lo que no le agrada. Por ahí hemos pasado todos, y entretanto se han enriquecido los comerciantes y los industriales de la política.

Le encanta la vida campestre, ama los viajes, conserva el amor de su tierra, y es castellano viejo; pero su amor ferviente, su envidia constante es la que todos vamos sintiendo apenas aparece la primera cana.

—Desengáñese usted—le decía no há mucho á un su amigo—como la juventud no hay nada.

Sin embargo, como García Gutiérrez, este poeta nacional será siempre joven en sus versos.

Cree él que se siente viejo, y se engaña. Su edad á la hora en que yo le pinto, no es aún la que marca la vejez. Pero como todos los que hemos batallado mucho, confunde la vejez con el cansancio y la edad con la fatiga.

Joven es, sus versos lo dicen; su misión es hermosa, y mientras cante la patria, la libertad, el progreso, el ideal, la pasión y la vida, no habrá español que no lea con placer sus concepciones, que todas llevan en sí sello de grandeza, y á su muerte podrá repetir con el poeta: *Non omnis moriar*, no moriré del todo.

Un biógrafo diría que Núñez de Arce nació en Valladolid, que ha pasado de los cincuenta, que fué redactor de *La Iberia*, que estuvo en la guerra de Africa, que de progresista pasó al parti-

do de la unión liberal..... ¿y qué le importará todo eso al amante de las bellas letras?

Tanto valdría hacer constar que es académico y que ha sido ministro. ¡Lo han sido tantos! Pero el *Idilio* lo ha escrito él solo.

MARÍA TUBAU

Si en una fiesta popular, centenario, procesión cívica ó cosa por el estilo, fueran precisas figuras alegóricas, y entre ellas hubiera necesidad de representar á la coquetería (en el sentido honesto de la palabra), indudablemente habría que suplicarle á María Tubau que se exhibiera una vez más ante los madrileños.

Entiéndase que la palabra coquetería la aplico yo aquí, no como el vulgo, que suele definirla de modo desfavorable á la bella mitad del género humano.

En un *Diccionario de la Lengua castellana* que tengo á la vista se lee:

Coquetería.—*Cierto estilo en los modales y adornos para mayor atractivo.*

Así es que yo conozco á muchísimas mujeres virtuosas y bonitas que son á la vez coquetas

por cumplir como deben su misión de séres agradables; que si la mujer no tuviera este secreto de agradar con algo más que su propia hermosura, no sería sino media mujer. Capital moral es la belleza, que conviene á la mujer aumentar por lícitos medios.

Coqueterías hay en la flor con que se adorna la humilde obrera que no puede lucir brillantes ni encajes. Coqueterías en la más sencilla actitud de la gran señora que sabe distinguirse entre muchas. Coqueterías en los saludos, en las miradas, en las sonrisas. ¡Oh! Es toda una teoría que podría llamarse *El arte de agradar*, si Ernesto Feydeau no lo hubiese escrito hace ya mucho tiempo.

Y este arte, que, como todos, no existiría sin la inspiración, es sumamente necesario á las actrices que, como María Tubau, tienen el noble deseo de llegar á la gloria por méritos propios.

Porque ésta es una actriz á ninguna otra parecida, que ha hecho su merecida reputación sin necesidad de ser más que mujer.

Todas las encantadoras monerías del bello sexo, todas esas lindezas que una mujer tiene siempre reservadas para los momentos de conquista, las guarda María Tubau para la escena. De manera que el público para ella no es la reunión de mil espectadores cuyos corazones hay que cultivar uno á uno, no. El público es un solo

hombre á quien ella dirige una sonrisa cotidiana, á quien subyuga con una incesante exposición de detalles personales que hacen olvidar á la actriz para producir estas ó parecidas exclamaciones en palcos y butacas:

—¡Qué bonita es!

Ó

—¡Qué bien se viste!

Ó si no.

—¡Es una *monada!*

Y así por el estilo.

Si el público conociera el teatro por dentro, y viera el cuarto de esta artista, sabiamente elegido al paso inevitable de todo el mundo; si la viese allí convertida en hombre político de bastidores, conciliando voluntades, dividiendo fracciones y entreteniendo, como su amigo Cánovas, á partidos opuestos, durante años, para conservar entera su influencia, se convencería de cuán cierto es lo que yo aquí le digo.

María Tubau es una actriz discreta, aplicada, estudiosa, atractiva, simpática; pero su principal talento consiste en saber ser mujer.

A su alrededor hay siempre media docena de incautos, notables en las letras y en las artes, á quienes tiene sin cesar encantados con sus deliciosas medias palabras.

No haya miedo que la opinión señale á ninguno como dueño de su voluntad. Podrá haberlos que siendo muy listos como hombres, escri-

ben con los pies. Ella, en cambio, es más lista como mujer, y siente con la cabeza.

Y esta manera de ser no es en ella innata.

Ha sufrido mucho, y se ha hecho para su uso particular una fuerza de voluntad extraordinaria, que si no es orgullo, es afán constante de vencer las grandes contrariedades de la vida. Ha aprendido á conocer el mundo á fuerza de pesares. No ha tenido tiempo de ser niña, ni mujer, y todo esto se ha unido en ella con la necesidad de representar comedias, que es el arte de fingir la vida, y ha resultado mujer en la escena y comedianta en la vida real. Se defiende bien, porque está sola, asediada, y sabe lo que vale.

Ha de perdonarme estas observaciones, á mí que pretendo conocerla bien. Si son imprudentes, las compensará el éxito que obtiene siendo como yo la presento. Cuando se case.....

Y aquí llegaba mi retrato de hace dos años, cuando la aplaudida actriz..... se casó.

Tentado estoy de arrepentirme de cuanto hace dos años dije.

POMPEYO GENER

Pompeyo Gener es un sabio de treinta y dos años. Tiene una reputación europea. Acaso donde menos se le conoce es en España.

Su carácter, nada extraordinario en Cataluña, su país, le trajo á París por un rasgo de independencia y de legítimo orgullo.

Había escrito un libro que se titula *La Muerte y el Diablo*. Una obra científica que le había ocupado mucho tiempo, y en la que hay gran acopio de doctrina y de erudición. Los editores madrileños no la entendieron. Los literatos y los periodistas no hicieron caso de aquel catalán que venía á alternar entre nosotros. En Madrid suele haber prevención contra *lo catalán;* gusta mucho más *lo flamenco*.

Pompeyo Gener se propuso publicar su libro en Francia. Para esto necesitaba escribirlo en

francés. Puso manos á la obra; escribió en francés como en castellano; encontró en seguida editor que publicase la obra.

El gran Littré la recomendó al mundo científico en un prólogo notable. Littré había sido su maestro. Claudio Bernard le había enseñado la fisiología. Maspero le llama su discípulo querido. Cuando llevó su libro á Madrid, ya se había dado á conocer en el Ateneo de Barcelona y en las páginas de la *Revista Contemporánea*, de Perojo.

Era un español estimadísimo de las notabilidades científicas de Francia. Renán siente por él gran predilección. Charcot es su querido amigo. En Madrid no fué más que un *catalán* que había escrito un libro; un desconocido, uno que venía de París, porque Madrid no lee lo que pasa fuera, ni le da importancia á la ciencia moderna. Gener se volvió á París, donde debía echar los cimientos de su nombre, que ya está muy alto.

Es miembro de la Sociedad Antropológica de París, de la Zoológica de Zurich, de la Bibliográfica de Leipsik, redactor de la acreditadísima revista *Le Livre*, colaborador de la *Revue politique et litteraire*; ha traducido *El Origen del hombre*, del doctor Roberto Abendroth, y la obra de Proudhon *De la justicia en la revolución y en la Iglesia*.

Es doctor en ciencias: posee las lenguas orien-

tales; habla cuatro idiomas; escribe á la vez en tres con facilidad suma. Honra, en fin, á España primero, y á Cataluña después, ó mejor dicho, á Cataluña solamente, porque España en este caso, como en otros muchos, ha esperado á que Europa le dijera lo que tenía en casa.

No hace muchas noches que Pompeyo Gener y yo encontramos en el boulevard á Campoamor, recién llegado de España. Le presenté á Gener. El poeta de las *Doloras* no salía de su asombro; creía, antes de conocerle, que Gener era un viejo. ¡Naturalmente! Los conocimientos que revela *La Muerte y el Diablo,* hacen presumir que su autor es un hombre envejecido en las bibliotecas.

Nada de eso; como Menéndez Pelayo, sabía, al empezar la vida, mucho que ignoran algunos vejestorios ilustres; solamente que al revés que Menéndez Pelayo, Pompeyo Gener es liberal, excesivamente liberal. Acaso por eso no le hemos deificado en España.

Su libro, ya famoso, le abrió las puertas del gran mundo literario de París. De él se ocuparon con elogio, en periódicos, revistas y cátedras, Dermesteter, Perrot, Monod, Richepin, Maspero, Stupuy, André Lefèvre, Bigot, Smith, Halevy y otros varios hombres eminentes. Su país natal, Barcelona, va á rendir tributo de admiración al compatriota, y la casa editorial de

Verdaguer prepara una edición española del libro.

Gener es un modelo de actividad, que yo, que pretendo tener alguna, no me cansaría de estudiar nunca.

Para él se hizo aquella frase española de que entre el día y la noche no hay pared. La potencia cerebral de este hombre debe de ser extraordinaria. Días hay en que sale á diez y seis horas de trabajo; y como es á la vez hombre de mundo, joven, amigo de admirar belleza donde quiera que la encuentra, y estimadísimo en la buena sociedad francesa, á veces, después de un día entero de trabajo, en el que se ha olvidado de almorzar ó comer (porque es la distracción misma) abstraído en el desarrollo de la materia que haya tratado, se le encuentra en un salón discutiendo siempre de algo muy raro y muy curioso para los que no vivimos en el mundo de la ciencia, y cautivando con la facilidad de su palabra á los que le oyen siempre atentos.

Los demás, cansados de trabajar, vamos al teatro ó al *club* para descansar una hora. Gener va á trabajar á todas partes. En el *club* está siempre escribiendo; en la mesa del *restaurant* donde come, hay siempre un lápiz y muchos papeles. En el teatro no puede ver la comedia como yo, porque se le han de ocurrir mil soluciones distintas de la misma comedia que vemos. Lo poco que duerme, sueña sin cesar. Se lo he

dicho no hace mucho: no se puede vivir así, la muerte ó el diablo tienen que alegrarse de esa fiebre de trabajo, á ninguna otra parecida.

Para hacer una biografía de Pompeyo Gener serían necesarios mucho tiempo, muchos datos, porque ha hecho muchísimas cosas, notables todas. Yo no he querido más que dedicar un recuerdo á este español ilustre, que tan alto puesto ocupa en el mundo científico moderno, y del cual sólo se oyen elogios en esta Francia, tan refractaria por lo general á reconocer el mérito de los extranjeros.

Pompeyo Gener es una gloria nacional, y es deber del cronista español dedicar á tan notable personalidad lugar preferente.

PÉREZ GALDÓS (1)

Una mañana, hace catorce años, recibí una carta de Federico Balart, que era entonces el crítico de moda.

«Querido Eusebio—me decía:—Puesto que tú has llegado al pináculo del éxito (2), ayuda á los demás. Te presento á mi paisano D. Benito Pérez Galdós, un joven de mucho talento, que tiene hace dos años una comedia en el teatro del Príncipe.»

El mismo joven murciano traía la carta. Un muchacho flaco, serio, casi sombrío, en honor de la verdad no muy simpático.

Vivía yo en la calle de Cervantes, y estaba acabando de almorzar cuando se me presentó el *desconocido*.

(1) Escrita primeramente en francés en *La Revue Universelle* de 1.º de Abril de 1884.
(2) Era el año de *El Pañuelo blanco*.

—¿Se llama usted?..,..

—Pérez Galdós.

—Su comedia está.....

—Está en poder del señor Catalina hace mucho tiempo.

—Diga usted al señor Balart que esta misma noche hablaré á Catalina y le pediré la comedia.

—Gracias.

Se levantó y se fué. Ni más ni menos.

Aquella misma noche, á la una, leía yo, tendido en mi cama, el drama de costumbres que saqué del armario donde Catalina almacenaba todo lo que no leía.

El drama era interesante, *nuevo*. A la mañana siguiente hablé á Catalina de la obra y del autor con todos los elogios que el trabajo merecía. Pero la obra no se hizo.

Galdós, cansado sin duda de esperar, hizo una novela, que fué más afortunada que el drama. *La Fontana de Oro* apareció en la *Revista de España*, y su éxito fué muy grande. Seis meses después publicaba *El Audaz*. Un año más tarde comenzaba la publicación de los *Episodios nacionales*, que tanto nombre le dieron.

Como Erckman-Chatrian, Galdós ha popularizado la historia contemporánea. *Trafalgar, El Equipaje del rey José, Napoleón en Chamartín, Zaragoza, Gerona*, son libros que no morirán, y en los cuales se aprende á amar la patria.

Pero este género de novela no bastaba á la ambición del escritor ya popular.

Cultivó otro género, *realista,* y como tiene mucho talento, el éxito fué mayor todavía.

Gloria es su obra maestra. Tengo por seguro que Sardou ha leído esta novela antes de dar al teatro su *Daniel Rochar, Marianela, Doña Perfecta, La Familia de León Roch, El Doctor Centeno, El Amigo Manso, La Desheredada,* han hecho á Galdós inmensa reputación y le han proclamado nuestro primer novelista contemporáneo.

De su carácter apenas se puede decir nada, por la monomanía que todos le reconocen, de vivir aislado del mundo. Para obsequiarle con un banquete nacional hubo que sacarle de su rincón, y no se obtuvo de él sino un brindis de veinte palabras. «Gracias, señores, muchas gracias.» Es todo cuanto dijo, mientras que Cánovas, Castelar, las eminencias del país, pronunciaban discursos llenos de elogio al gran observador de nuestro tiempo.

En invierno se encierra en su cuarto de la Castellana y da todos los meses un libro á la imprenta. En verano se va á Santander, solo, y se baña en el mar cuarenta días.

Dijérase que lleva el mundo en el bolsillo, porque no va á observarlo á ninguna parte, y sin embargo le conoce como pocos.

CHARLES BLANC

Vengo del entierro de Charles Blanc, el eminente crítico, á cuyo cadáver han acompañado al cementerio incalculable número de franceses.

Conocí á Charles Blanc á bordo de un barco egipcio, allá por el año 69. Juntos hicimos aquel inolvidable viaje de cuatro meses, en el que comenzó nuestra amistad, que de entonces acá ha fomentado contínua y cariñosa correspondencia. En mis viajes á París, mi primera visita para él; por su mediación he conocido á muchos literatos, artistas, actores, periodistas, críticos. Con gran pena he asistido hoy á la conducción de su cadáver.

Era un viejo simpático, atractivo, cariñosísimo. Su inmensa erudición brotaba de sus labios con tan natural maestría, que media hora de conversación con él equivalía á tres días de lectura.

Tenía gran afición á España: conocía muy bien á nuestros pintores. Siempre se ocupó de ellos con elogio.

Y había en él algo español. Su padre fué inspector de Hacienda en Madrid, en el breve reinado de José Bonaparte. Luis Blanc, su hermano, es madrileño.

En casa del célebre grabador Calamatta comenzó á ganarse la vida el hombre que hoy lloran las artes en Francia. Su primer trabajo notable como grabador fué una copia del *Janus* de Rembrandt, que aun se conserva en el salón de mi perdido amigo. *En la historia de diez años*, de su hermano Luis, hay un retrato de Guizot grabado por Carlos.

Pero el grabado no era su fuerte. Comenzó á hacer revistas de pintura en *El Buen sentido,* que dirigía su hermano, y bien pronto se impuso.

Republicano de corazón, ha figurado en todas las revoluciones de su tiempo. El año 48 fué nombrado director en la Administración de Bellas Artes. Las protegió con entusiasmo. Arrancó al Ministerio de Comercio subvenciones para los artistas notables, y 80.000 francos en porcelanas de Sevres, para hacer con ellas premios á los alumnos. Combatió en la Asamblea toda reducción en los gastos de los Museos nacionales. A él se debe la conservación de la Escuela de Roma, cuya desaparición estaba decretada.

Al advenimiento de Napoleón III, se retiró á

la vida privada, y entonces comenzó sus grandes trabajos sobre artes.

Su *Historia de los pintores de todas las escuelas* asegura la inmortalidad de este gran escritor, que con Paul de Saint-Victor, su más intimo amigo, ha sido durante más de treinta años el representante de la crítica artística en Francia.

Trabajo colosal que revela una asiduidad y un entusiasmo sobre todo encomio.

Fundó la *Gaceta de Bellas Artes;* publicó cuarenta ó cincuenta obras diferentes sobre pintores. La República francesa le dió su cátedra de estética y de historia del arte en el Colegio de Francia. Miembro del Instituto académico, designado para presidente de la Academia durante las sesiones de este año, la muerte le ha arrebatado á sus amigos y á la patria. En el acompañamiento de hoy estaba representado cuanto de notable encierra París en letras y artes.

No hace aún dos meses que yo le anuncié mi visita de este año.

Cuando entré á verle estaba sentado en un sillón antiguo, hojeando un periódico ilustrado.

—¡Ay, amigo mío, que tarde viene usted!

—Usted no me indicó la hora...

—No, no es eso. Tarde para que hagamos, como otras veces, nuestras visitas á los Museos, á los teatros, á los *ateliers*, á todas partes. Muy tarde, porque yo me muero.

Lo presentía. ¡Gran pérdida para la nación, y mayor aún para sus amigos íntimos, que lo éramos todos!

EL DUQUE DE BAÑOS

Murió el Duque de Baños. ¿Por qué no he de dedicar un recuerdo á este compatriota excepcionalísimo?

Conocí á Meneses en casa de la Duquesa de Híjar, hace ya quince ó diez y seis años. Hacíamos comedias de salón en el teatrito de la Duquesa varios amigos de la casa, de los cuales ya vamos quedando pocos.

Meneses venía con frecuencia. A mí me intrigaba mucho aquel hombre, de quien tanto se hablaba; tenía cierta reputación de Monte-Cristo andaluz, y, en efecto, lo parecía. Para él el dinero no significaba nada. Hablaba de millones como puedo yo hablar de francos. Algunas noches, después del ensayo de la comedia, íbamos varios amigos al Casino á charlar hasta el amanecer alrededor de la chimenea. Meneses entró una noche en el salón del treinta y cuarenta, y

en cinco minutos, sonriendo y hablando, se dejó allí cinco mil duros.

—Pues esto que ves — me dijo Florentino Sanz—sucede hace ya diez ó doce días.

Y él no le daba á todo ello la menor importancia.

Era un hombre afable, simpático, decidor *corriente.*

Tenía dos amigos íntimos, de toda intimidad: Robles y el oculista Delgado Jugo; se querían como tres hermanos.

Una mañana me convidaron á almorzar en casa del Duque de Baños. Acepté, porque almorzar no significaba nada, y además yo siempre he tenido amigos en todas partes.

Meneses vivía en la calle del Sacramento, en un caserón antiguo que hace esquina á la plaza del Cordón.

Vivía *en gran señor*; pero todo allí era muy raro. Sin darse uno cuenta, veníanle á la memoria los personajes de las novelas que había uno leído en su adolescencia. Recuerdo que en un cuarto había siete perros, que saludaban al dueño de la casa poniéndose en dos patas. Uno de ellos solía ir á Aranjuez á una sola indicación del amo, y le esperaba á la puerta del convento.

Sobre la chimenea había un pedazo de bizcocho.

Pasó una rata de un lado á otro del salón. El Duque la llamó, la rata se detuvo y esperó el

pedazo de bizcocho, que le fué arrojado.—Lo hice el primer día que la ví pasar, dijo el Duque, y desde entonces somos buenos amigos.

¿No era todo esto muy extraño? Y con la fama de ser excepcional que el Duque tenía, á mí me lo parecía más. En su casa había retratos de mujeres hermosísimas, objetos de valor incalculable. Una vez le robaron un cajoncito de madera que contenía encajes por valor de veinte mil duros.—Compraré otras, nos dijo, así como de pasada. Después de aquel almuerzo, el Duque y yo conservamos una buena amistad, aunque sin trato íntimo. El año 70 le encontré en París, acompañado del rey Francisco de Asís, en una tienda de flores. Yo estaba entonces en la embajada al lado de Olózaga, que á mi vuelta de Egipto me había confiado su correspondencia.—Eso no importa, me dijo el Duque de Baños; yo no hablo nunca de política respeto las opiniones de todo el mundo; venga usted á comer mañana, conocerá usted á la Duquesa.

Fuí.

Vivían en el Faubourg Saint-Honoré. La Duquesa me pareció un sér angelical. Una señora delicadísima, con cierto aire de timidez que la hacía más interesante.

Se adivinaba en aquel interior un matrimonio muy bien avenido. Meneses me habló de su próximo viaje á Baviera, de compra de grandes posesiones, del empeño que notaba en los espa-

ñoles de calumniarle y hacerle daño. Me enseñó su fotografía con el disfraz que se puso para salir de España el 29 de Septiembre. Se notaba en su casa, en su conversación *una atmósfera de millones,* como dice cierto amigo mío. Era un millonario risueño que daba en qué pensar; por aquí se dice que ha dejado quince millones de francos á sus herederos.

Desde entonces, cuando el Duque venía á Madrid, cambiábamos una visita; hablábamos de literatura ó de artes; yo estudiaba aquel hombre que siempre me parecía raro, y del cual nada puedo decir sino que acaso había caído mal en el mundo.

A veces la opinión se fija en quien no le debe nada, y celebra al que lo debe todo. ¡Quién sabe!

BAUER

Bauer no tiene nada de banquero exteriormente.

Al verle, al hablarle por primera vez, el que no supiera á quién tenía el honor de hablar, le creería en Francia un príncipe ruso, en España un grande de ídem.

¡Singular manera de ser la de estos judíos omnipotentes hoy en Europa!

Han adquirido no sólo lo que se compra con dinero, sino lo que se hereda.

Bauer es el tipo del perfecto caballero: amable sin afectación, sencillo sin estudio, distinguido sin pretensiones.

Ama las artes, por lo cual ha conseguido ser tal vez el único en Madrid de quien no hablan mal los artistas.

Porque los demás banqueros de por allá protegen las artes como pudieran proteger los fósforos ó el ganado lanar. Compran un cuadro cuando han oído decir que está el autor en moda. Aglomeran en sus palacios todo género de cosas, buenas, malas y medianas. Almacenan, pero no sienten.

Bauer es artista.

Así es que al hacer un bosquejo biográfico de este amigo mío, yo no me acuerdo de su despacho del segundo piso de su casa en la calle Ancha de San Bernardo. Olvido por completo que es el alma de tal ó cual ferrocarril. No paso del piso principal, donde tantas veces he visto á Madame Bauer representar primorosamente proverbios y comedias francesas; donde no se vuelven los ojos á ninguna parte sin admirar algo notable debido al talento de nuestros pintores. Allí hay cuadros de Sala, de Pradilla, de Fortuny, de todos nuestros compatriotas ilustres. Las porcelanas, los muebles antiguos, los tapices, todo revela al hombre de buen gusto, que no sólo ha sabido comprar, sino que ha sabido colocar las cosas de manera, que si yo fuese alguna vez emperador (lo cual no es posible) y Bauer se quedara en la miseria (lo cual no es probable), le encargaría la formación de mis museos.

Su círculo íntimo tampoco es de banqueros. Sus amigos se llaman Valera, Albareda, Co-

rrea, Aldana, personalidades, en fin, que amenizan las comidas y los almuerzos de aquella fastuosa casa con una conversación literaria, artística, erudita, pero nunca financiera, nunca ávida, nunca molesta.

¡Oh! Bauer sabe vivir, lo cual es más difícil de lo que á primera vista parece.

Es preciso observarle muy bien para ver que no pierde detalle alguno de cuanto le rodea: Observador delicado, parece que no se entera de las cosas; pero no es fácil que los que pretenden conocer los negocios le sorprendan. Y es que Bauer ha hecho de los negocios, á los ojos de las gentes, una cosa secundaria, por más que á realizarlos haya venido á España, país que ha conocido al momento, porque en él la simpatía es todo. Y Bauer es simpático, como Manzanedo es lo contrario.

Hay en esto un deber de parte suya, que Bauer cumple con extraordinario talento.

En Madrid, Bauer no es él; es otro.

Bauer es Rothschild.

Y del mismo modo que Fernán-Núñez, por ejemplo, es hoy la España en Francia, este banquero distinguido sabe que representar á Rothschild es lo mismo que ser el embajador del dinero de Europa.

El dinero es ya atractivo por sí. Representado por un *gentleman* en un país pobre, el dinero duplica su valor, y por eso en las manos de Bauer

un duro vale dos. Sus recepciones, sus favores, sus proposiciones llevan siempre una aureola que se presiente. El nombre de Rothschild acude siempre á la memoria.

Ayúdale no poco la figura. Indo era vulgar, Manzanedo es *cursi;* Salamanca es viejo; Murga es invisible; Campo es ostentoso; Bauer es hermoso. Las mujeres son las que lo dicen; protesto de la iniciativa en el elogio. Es el tipo israelita en todo su esplendor. Es como si dijéramos, el Cristo repuesto de su campaña en este bajo mundo, y acabada en el cielo su convalecencia de la crucifixión. ¡Es Nuestro Señor..... gordo!

Un literato no puede calcular lo que será Bauer en la vida íntima de los negocios; pero tengo por indudable, y sabiendo que los negocios requieren grande habilidad para convencer á los demás, que Bauer tiene una fuerza persuasiva extraordinaria.

La tiene en la vida privada como pocas personas. No hay lugar al cumplimiento con él. Iréis á verle á las nueve de la mañana, le hallaréis vistiéndose, os recibirá en su cuarto de tocador para probaros que os da confianza, y le hallaréis tan *comme il faut,* como si os recibiera por la noche á la entrada de su salón teatro. Os dirá *Siéntese usted,* abriendo en tal expresión de afecto sus grandes ojos, que no os sentiréis con fuerza para decir *Estoy bien;* caeréis en la butaca

sin daros cuenta. Para magnetizar sería un gran práctico.

Y es indudable que la figura es la mitad del capital.

Campoamor ha hecho la mitad de su reputación con la cara, y Bauer es el Campoamor de los negocios de aquella tierra española.

He aquí un hombre del cual no se pueden referir rasgos particulares, por más que yo sé muchos. Le desagradaría de seguro, porque su generosidad es modesta.

Otros hay que hacen anunciar la limosna que dan, la protección que venden y la fundación piadosa que imaginan. Bauer hace las cosas, pero no las dice. Sus actos privados son interesantes, porque en ellos hay siempre la tendencia al bien.

Un banquero de Madrid me contaba en cierta ocasión que nunca había negado dinero á sus amigos *por una vez.*

En esto se ve clarísimamente el deseo de *ganar amigos.*

Lo difícil es dar siempre que se adivina la necesidad ó el favor. No haya cuidado que yo saque á luz nombres propios, pero yo sé los infinitos favores hechos por Bauer...

—¿Luego se los ha contado él?—dirá el lector.

—Al contrario; me los han contado ellos.

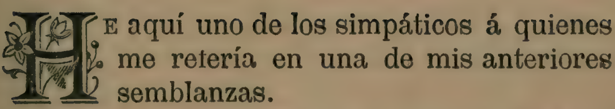
¿Y qué mayor recompensa para un millonario que oirse alabar por todas partes?

El español es agradecido. Suele no contar lo que debe, pero cuenta siempre el favor que le han hecho.

Bauer tiene, sin saberlo él mismo, una cantidad enorme de propagandistas en España.

¡Pero ceso aquí, no vengan á abrumarle por culpa mía!

CADENAS



He aquí uno de los simpáticos á quienes me refería en una de mis anteriores semblanzas.

Desde los principios de su vida se apoderó de las gentes con su afable trato y su gallarda presencia.

Nadie veía en él un *financier* hace veinte años.

Era un pollo, lo es aún, puesto que todavía suelen anteponer este nombre al suyo los que le nombran en conversación íntima.

Era, como digo, *el pollo Cadenas* indispensable en los estrenos, en el paseo de la Castellana, en los salones de alguna dama.

Y por entonces sólo se sabía de él que tenía gran partido en el bello sexo, que hacía la alegre vida de soltero sin apuros, y que era el hijo más amante que pueda celebrar la fama.

Tenía la idolatría de su madre. Yo le he visto todos los días hacer su visita á la santa anciana, que vivía feliz viendo al hijo querido adelantar rápidamente en sus negocios.

Parecían dos enamorados. Poco le importaban á Cadenas la Bolsa, las misas, la política, cuanto hay en el mundo, á la hora de ir á besar en la frente á la madre querida.

¡Antes que ella, no había nada!

Y no hay que dudarlo, el que es buen hijo, será forzosamente buen padre, buen ciudadano, buen amigo.

Cadenas tenía, al empezar á vivir, muchos envidiosos.

¡Cuántas veces he oído en los cafés, en la chimenea del Casino, en los saloncillos de los teatros, murmurar de él sin motivo fundado!

Pero la envidia no contó con la habilidad de la víctima.

Cadenas es un hombre práctico. En su casa hay un gran libro exclusivamente dedicado á lo que allí se llama el sablazo de los amigos.

Acaso el lector que lleve muchos años de ausencia de España, ó el americano que lea este libro, ignorarán lo que es un sablazo en la tierra de los hidalgos y caballeros.

Un sablazo es la petición del dinero que no se devuelve.

Cadenas se propuso que lo acribillaran los madrileños, y la envidia calló.

Ha prestado tantos servicios, ha obligado á tantísima gente, que al fin, es natural, se ha quedado sin un enemigo.

Por otra parte, sus condiciones especialísimas le han hecho con razón acreedor á la estimación general.

Solo, sin más ayuda que su franco carácter, su actividad febril y su conocimiento del mundo, ha llegado á competir con los grandes financieros de nuestro país.

Ha sido diputado, y cuando el público creía que lo era por lujo y que no desplegaría los labios, se levantó un día y habló, y habló tan bien, que á la mañana siguiente la prensa le aclamó como orador notable.

Tiene su plan de Hacienda, y en una situación *mejor* sería un ministro simpático á los hombres de negocios.

¡Quisiera Sagasta en los momentos actuales cambiar á Camacho por Cadenas!

La política no le ha sido ni productiva ni leal.

Antes de la restauración se contó con él, como se contó con todos los ricos. Después, según la costumbre conservadora, se atendió á los tontos, y naturalmente no se pensó en él.

Pruebas ha dado de prudente callando. Eso prueba la nobleza de su carácter.

De su vida íntima no debo saber nada; pero es público su desinterés, y no menos pública su adhesión á los que ama. Y ha dado pruebas de

saber amar bien y de imponer sus pasiones, que admiran por lo sinceras y consecuentes.

Una noche, en un teatro, Cadenas estaba sentado al lado mío.

En un palco cercano á nuestros asientos estaba la marquesa de ***, famosa por su escandalosa vida.

Y al lado de ella, en indecorosa proximidad, un joven, casi un niño, á quien todo Madrid conocia como amante de aquella hermosa compatriota mía, que hacía de su desordenada vida una coquetería más.

En el entreacto el palco se llenó de amigos. La nobleza, la banca, la literatura.....

—¿Vé usted?—me decía Cadenas.—¡Qué consideración, qué respeto, qué atenciones! Y acaso esos mismos murmurarian del que hubiera consagrado su vida entera al amor de una mujer... ¿Y por qué? Porque acaso también el amante no sería, como ese niño enclenque y podrido, tres veces Duque y cuatro ó cinco veces Grande de España.

Cadenas, en sus costumbres, es espléndido, generoso, sabe gastar, que es un arte difícil; y los numerosos empleados que tiene á sus órdenes le quieren muy de veras.

Últimamente ha dedicado tiempo y trabajo á las minas, porque alguna rareza había de tener. Es una *minomanía* como otra cualquiera, que ha vuelto locos á muchos.

¿Qué más minas que la inteligencia de un hombre joven y práctico y estimado, en una capital donde apenas trabaja nadie?

Hubo un tiempo en que la Dirección del Tesoro no podía vivir sin él.

Pudo decir parodiando al gran rey: «¡El Tesoro soy yo!»

—Con esa figura y ese lenguaje que lleva la convicción á cualquiera, y esa facilidad de apoderarse de las gentes, hará cuanto se proponga,—decía un compañero suyo en las Cortes.

—Desengáñese usted—le dije—para todo eso se necesita el talento natural, la *mundología*, que sacan ya aprendida del vientre de su madre los españoles, más inteligentes uno á uno que todos los franceses juntos.

¡Y siendo así, Cadenas hubiera llegado á ser lo que es, aun siendo más feo que el Marqués de Vinent, ¡que es un colmo!

MANZANEDO

Otro le llamaría el Duque de Santoña.

Yo creo, sin embargo, que en el fondo de su conciencia prefería llamarse Manzanedo.

No se renuncia por gusto al nombre que ha producido la fortuna y la estimación de las gentes.

La vanidad, el mundo, acaso la familia, llevan á la nobleza á veces á un hombre que sería más simpático á la multitud si dejara encomendado á sus albaceas que pusieran sobre su tumba estas palabras:

Fulano de Tal,
trabajador toda su vida.

Porque... después de todo, ¿qué más da llamárse duque ó llamarse Pérez? Mientras no se me pruebe que quien me da el ducado vale personalmente, por lo menos tanto como yo, no sé hasta qué punto debo recibir ésta que llaman distinción, sin serlo más que en el nombre, de manos de quien con ella me obliga á ser devoto suyo.

Sobre la tumba de Newton quiso alguien poner

$$X + A^m$$

fórmula del binomio eterno en los fastos del álgebra superior; y esto es más grato á la humanidad que si á Newton le hubiesen dado un condado en vida.

Llamo, pues, Manzanedo al Duque de Santoña, cuyo discurso al cubrirse como Grande de España (otra antigualla de nuestra atrasadísima España) fué objeto de tantos comentarios, porque el mundo moderno, que se compone de comerciantes, banqueros, industriales, periodistas, pintores, músicos, ingenieros, individuos, en fin, dueños de su tiempo, no comprendía aquel afán de probar nobleza de sangre en los antecesores de un honrado industrial, cuando precisamente por industrial se le daba ingreso en la nobleza.

Pero él se empeñó en ser duque además de marqués, y le dimos la enhorabuena. Dichoso él

que es feliz con tan poca cosa. De todos los banqueros españoles, ninguno más en evidencia de veinte años acá.

Terminada la popularidad legítima de Salamanca, comenzó la popularidad forzada de Manzanedo.

La multitud necesita siempre un banquero, como necesita un hombre de Estado, un pintor ó un poeta, para ocuparse de él á todas horas, ya con elogio, ya con dureza. Manzanedo ha conseguido largamente ambas cosas.

Su imensa fortuna produce, como es natural, odios, envidias y observaciones insolentes.

El dinero que se adquiere en las artes no molesta á nadie. Los políticos y los hombres de negocios tienen siempre en contra al resto de la humanidad, que no concibe, por ejemplo, la ganancia de un millón en media hora. A nadie se le ocurre denostar á la Patti porque gana en una noche diez mil francos; pero el obrero que compone un cristal roto en el palacio de Santoña y no cobra por aquel cristal más que ocho reales, detesta y murmura entre dientes del dueño de la casa, si sabe que ha sido obrero como él; porque el vidriero no espera cantar nunca una ópera, pero cree que tiene el mismo derecho que su igual para ganar seiscientos millones.

Y sin embargo, hay que reconocer, siendo verdaderamente imparcial, que no se llega á una fortuna colosal sin una gran inteligencia.

Inteligencia limitada, circunscrita á los negocios y nada más, pero no por eso menos respetable.

Veces hay en que yo preferiría saber hacer un clavel artificial á escribir un drama.

Manzanedo, como vecino de Madrid, es un ser vulgarísimo; con lo que él ignora publicaría yo una *Enciclopedia* á ninguna otra parecida; pero su fortuna, que tantos comentarios merece, no se hace siendo tonto.

Hay que considerarle, pues, no como aficionado á cuadros, ni como coleccionador de cachivaches, sino como banquero.

Dicen, y creo que la voz del pueblo no se engaña, que le inspira su esposa, y que por eso ha llegado á ser lo que es.

Es, en efecto, mujer extraordinaria, á ninguna otra parecida, dotada de todas las grandes condiciones para llegar á cuanto se proponga. En la política, en los negocios, en cuanto puso mano, logró siempre vencer. Sabe ser rica, porque es espléndida y es caritativa. Sus bailes eclipsan á los de la nobleza rancia; pero si el pueblo comenta estas grandes fiestas, donde el vino del Rhin corre á grandes mares, y las trufas colosales ruedan por el suelo como en un festín de Cleopatra, en cambio admira la obra piadosa y colosal llevada á cabo por la Duquesa, fundando un hospital de niños donde el obrero puede ver cuidados y asistidos los

hijos de su alma mejor que en el seno de la familia. Esto inmortaliza á una mujer, y esta mujer es digna de la estimación general.

Hay, pues, en esta española excepcional, representante de la riqueza moderna en nuestro país, algo que se refleja en las grandes empresas de su marido, el cual, con todos sus defectos de vulgaridad y de ignorancia, no deja por eso de ser una necesidad de la vida moderna. ¿Qué serían los Gobiernos, las grandes industrias, las artes y el comercio, sin estos mónstruos del oro á quienes directa ó indirectamente acuden grandes y pequeños?

Sólo él pudo haber llevado á cabo empresa tan extraordinaria como la del muelle de Santander; sólo con su fortuna se puede hacer ganar al comercio madrileño lo que representa de coste aquel museo de preciosidades que acaso con exceso adorna el palacio de la calle del Príncipe.

Eso sí, como *literato* no tiene precio. Cuando estaba acabándose la construcción de su palacio, cuentan (y la verdad en su lugar) que le dijo á un amigo:

—¡Será magnífico! Ahora me van á poner dos leones de *Cánovas* en la escalera.

EL MARQUÉS DE CAMPO

De todos los banqueros españoles, ninguno más discutido, comentado, corregido y aumentado que el Marqués de Campo.

Apenas se pasa día sin que la prensa española ó extranjera se ocupe de él, de sus proyectos, de sus empresas.

Es una personalidad que está siempre en juego.

Du reste, como se dice aquí, hay motivo para que la opinión y la prensa se ocupe del Marqués.

Su actividad no se parece á ninguna otra. Es un trabajador infatigable, con una salud á prueba de bomba; no hay más que acudir á su palacio del paseo de Recoletos para convencerse de que el empleado más asíduo y puntual de la casa es él mismo.

Desde las siete de la mañana le hallaréis en-

terrado en aquel despacho sombrío, en cuya mesa hay cartas de todas las grandes casas del mundo comercial.

A la manera de Felipe II, Campo lo despacha todo él solo; sus empleados no son más que los ejecutores de sus órdenes.

Para él toda empresa es fácil. No hace muchos días quería comprar la plaza de Gibraltar; con esto está pintado su carácter.

Nació para banquero, y acertó con serlo.

El Marqués de Campo no necesita biografía; basta con enunciar las empresas que ha acometido.

He aquí algunas de ellas, porque yo nó las recuerdo todas:

«A pesar de sus defectos, el Marqués de Campo es, sin duda alguna, el más gran financiero que ha tenido España.»

Dotó á la ciudad de Valencia, su país natal, de las aguas potables de que carecía; después estableció en ella el alumbrado por gas, cuya fábrica y privilegio conserva hoy en propiedad exclusiva.

Fundó la Sociedad Valenciana de Crédito y Fomento, siendo la primera Sociedad anónima establecida en Europa, la cual, resistiendo á las oscilaciones y catástrofes que á otras muchas hicieron sucumbir, liquidó últimamente con grandes beneficios para los accionistas. (Vivió treinta y cuatro años.)

Construyó los ferrocarriles de Almansa á Valencia y Tarragona, cuya explotación dirige, siendo también el primero que, terminada la construcción, sigue al frente de la empresa, sin abandonarla, ni en sus épocas más adversas ni en las favorables.

Al llegar aquí se ven ya justificadas las líneas que tomamos del periódico francés; pero esto no es más que el prólogo de la descripción que vamos á hacer.

El Marqués de Campo, *con su solo capital,* ha tomado á su cargo vapores-correos en Asia, África, América, y Oceanía, organizando una flota de diez vapores de 100 A. 1 en Lloyds, ó sea la primera clase para buques; y esta organización la verifica en seis meses, con asombro general, pues todas las empresas han necesitado más de un año para ello.

Ha tomado á su cargo las líneas trasatlánticas de correos de los mares de las Antillas y golfo de Méjico, extendiéndolas desde Burdeos y Marsella, y tocando en Santander, Coruña, Vigo, Barcelona y Cádiz; y esta línea, servida por ocho vapores de gran porte y marcha, la organiza en cuatro meses y la inaugura con aplauso general.

No contento con esto, está organizando nuevas líneas de la Península á la América del Sur y al Pacífico.

Además, ha sido desde hace diez y ocho años

contratista de tabacos para España, Francia é Italia, y hoy tiene aún en España dos contratas, y otras dos para Francia.

Tiene asimismo la contrata de conducciones de tabacos y efectos timbrados para España y Baleares.

Está construyendo por sí solo, y sin subvención del Estado, el ferrocarril de Carcagente á Gandía y Denia, y ha adquirido el tranvía de Silla al puerto de Cullera.

El pasado año adquirió el privilegio para el alumbrado eléctrico en España con la lámpara Siran.

Hay que añadir que ha fundado últimamente el Banco Peninsular Ultramarino, cuyas acciones se han cotizado desde el primer momento con 30 por 100 de prima.

Por último, tiene en estudio nuevas líneas de ferrocarriles y vapores, cuyos productos, atendida su prodigiosa actividad, veremos realizados.

Si á esto se agrega el inmenso movimiento que su banca y giro necesitan para el desarrollo de tal cúmulo de empresas, hay que preguntarse: ¿cómo un hombre solo puede abarcar tanto en su imaginación? ¿Qué personal no necesitaría el Estado para la administración de tantos asuntos?

Pues véase el personal que el Marqués de Campo emplea en esta administración, que no

puede menos de ser perfecta, pues el menor defecto sería de consecuencias ruinosas, y se tendrá idea del espíritu organizador y la gran imaginación del Marqués de Campo, que atiende á todo, sin dejar de preparar constantemente nuevas combinaciones.

Si España tuviese muchos hombres como éste, ¿cuál no sería el desarrollo de las fuentes de su riqueza pública, el comercio y la industria? Por desgracia escasean bastante.

El Estado, que debía prestar decidido apoyo á hombres de estas condiciones, no sólo les niega protección, sino que les trata con rigor inusitado, imponiéndoles multas por faltas insignificantes de fuerza mayor, hijas exclusivamente de la falta de tiempo concedido para organizar los servicios, que, como ya hemos dicho, se han llevado á cabo con asombrosa rapidez.

Lo que causa verdadero asombro es la manera de llevar á cabo estas empresas, por la economía que realiza al Estado en todas ocasiones, rebajando hasta lo imposible los tipos de subasta. La prensa francesa se ha ocupado de nuestro ilustre compatriota con elogio, y por eso yo considero un deber de patriotismo saludarle desde un periódico español publicado en el extranjero.

¡BARRUTIA!

Ha muerto en España un personaje que deja tras de sí cierta celebridad.

Y sin embargo, no era literato, ni artista, ni hombre político, ni filósofo, ni *nada*.

Había sido en sus juventudes guardia de Corps.

Pertenecía á una familia distinguida. Contaba con amigos en todas las clases de la sociedad, especialmente en el mundo de los poetas y de los actores. Se había retirado del servicio, y vivía de sus rentas.

¿A qué debía su popularidad, esencialmente madrileña, este señor D. Joaquín Barrutia (pues á él me refiero), popularidad que ningún habitante de la villa y corte pondrá en duda?

A su conocimiento de la vida.

Barrutia era el sentido común. Era un filósofo

alegre, que con su conversación amenísima y su gracia especial solía decir cosas que *quedaban*.

A su muerte, la prensa de Madrid ha reproducido las frases más conocidas de aquel viejo, limpio hasta la exageración, sonriente con todo el mundo, y conocedor de los hombres y de las cosas como pocos. Los autores dramáticos que le rodeaban han aprendido de sus labios no pocos chistes y no menos sentencias. Otros, con una falta de respeto censurable, le han copiado en escena, ayudados por los cómicos, que se vestían á la manera original, sin dejar de ser distinguida, del ex buen mozo, que á los sesenta y pico de años conservaba una figura militar de las más correctas.

Era, en fin, un tipo madrileño que ha podido repetir al espirar lo de *non omnis moriar,* no moriré del todo.

No hace aún un mes que los diarios de Madrid trajeron á París la noticia de haber hecho un periodista conocido una ascensión en globo.

Se dió al acto gran importancia, porque realmente era un acto de arrojo y porque era la primera vez que sucedía.

—Antes de quince días—le decía yo á Luque leyendo los detalles de la ascensión—habrán subido veinte ó treinta españoles más.

Y sin querer me acordé de Barrutia, que repetía constantemente una frase suya exactísi-

ma: «La envidia—decía—es entre nosotros el vicio nacional.»

¡Cuántas veces ha podido y podrá aplicarse esta observación de hombre de mundo!

Acaso ha perjudicado á su notoriedad no haber sido escritor ó poeta. Ya él lo sabía. «En otros países—exclamaba con su habitual buen humor en cierta ocasión—para llegar á los primeros puestos de la nación hay que ser político eminente, hombre de ciencia; en España hay que empezar por hacer versos. El que no sabe hacer versos está perdido. ¡Espartero cayó por eso!»

Una noche en el saloncillo de los Bufos Arderíus reinaba grande animación. Por aquellos días se había sublevado Prím, y se decía que había escrito un programa político, pero nadie le conocía. Llegó un periodista y aseguró que él lo había recibido ya y que iba á ofrecer á los concurrentes la *primeur* de su lectura.

En aquel momento Barrutia se marchaba, sin dar, al parecer, la menor importancia al asunto.

—Quédese usted, D. Joaquín — dijo el periodista;—conocerá usted el programa de Prím.

—¡Le conozco! (Y siguió andando.)

—No puede ser.

—Le conozco.

—Le digo á usted que no puede ser, porque éste es el primero que ha llegado á Madrid, y yo no se lo he enseñado á nadie.

Y Barrutia, sin cesar de andar ni volver siquiera la cabeza, repitió ya lejos:

—¡Le conozco! ¡Desde el año 23 todos dicen lo mismo!

Sus opiniones sobre la mujer en general eran duras, pero expresadas con suma gracia. Observador profundo, estudiaba el corazón humano en sus propias hijas, de las cuales contaba lo siguiente sumamente práctico:

—Cuando yo sacaba las niñas á pasear — decía — solía observar cosas como ésta.

Pasaba junto á nosotros un muchacho; nos saludaba; una de las niñas decía:

—Papá, ¿quién es ése?

—Un excelente muchacho que vive de su modesto sueldo, con el cual mantiene á su madre. ¡Ni una deuda, ni un vicio, nada! ¡Un hombre de bien!

Las niñas seguían su paseo, sin darle gran importancia á la respuesta.

Pasaba otro joven que me saludaba también.

—Y ése, ¿quién es?—volvían á preguntar.

—¿Ese? Un perdido, un calavera deshecho, un engañador de mujeres...

Las dos niñas se volvían á mirarle inmediatamente.

....

Sus observaciones sobre el arte de la escena eran siempre nuevas.

—Ustedes se equivocan siempre—exclamaba

al juzgar sus propias comedias. El público piensa siempre de ellas lo contrario que el autor. ¿Y sabe usted por qué? Porque el público ve la comedia de cara, mientras que ustedes la ven siempre de espalda.

Y hay mucho de verdad en esto.

Había en su conversación mucho de efecto cómico. Por ejemplo, al encontrarse con un joven para él desconocido, que le dice:

—Señor don Joaquín, usted no se acordará de mí.

—No recuerdo, en efecto...

—Yo soy el hijo de doña Fulana...

—¿Doña Fulana?...

—La señora del Intendente.

—¿De don Manuel?

—Justo.

—¿De Valladolid?

—¡Eso es!

—¡Fulana! Ya recuerdo. ¡La he conocido mucho á mamá!

—Mucho, ¿verdad?

—¡Muchísimo! ¡Se la pegamos á su papá de usted el año del cólera!

Sería interminable la colección de sus frases, que en todos los teatros y restaurants de moda han quedado como recuerdo indeleble de aquel excelente hombre, que, después de todo, se ha muerto sin hacer daño á nadie, lo cual es, dados los tiempos, mérito muy raro.

ADOLFO BAYO

Le llaman así, no es culpa mía.

Los contemporáneos de una notabilidad cualquiera le imponen la manera de llamarse.

D. José Salamanca llama todo el mundo al Marqués de este nombre, como si tal marquesado no tuviera, y al Marqués de Cayo del Rey le llama San Miguel todo el mundo.

A Bayo, á pesar de los carteles en letras de oro que anuncian en el Boulevard Haussmann, el vino blanco del Excmo. Sr. D. Adolfo Bayo, senador del reino, se le conoce por Adolfo Bayo en Madrid, y esta es buena señal, porque prueba popularidad. A nadie se le ocurre decir Madame Bernhardt, ni nadie la llamará Mad. Damala; todos diremos Sarah Bernhardt, ó Sara á *secas*. (¡Y tan á *secas!* No la hay más seca en el orbe católico ni en el de los judíos).

Adolfo Bayo, pues, es el *financier* de que hoy me ocupo.

El único que es á la vez banquero é industrial, el único que aspira á dejar su nombre en algo más duradero que la letra de cambio aceptada y pagada.

Bayo es cosechero, pero cosechero de lujo. Como Rothschild, quiere tener su *cru*, desea que conste que emplea su dinero en la producción nacional. Estima en más una medalla en cualquier Exposición vinícola que los aplausos del Senado, al que apenas asiste, porque Bayo no ha buscado la política, la política le ha buscado á él. Es de esos senadores que busca y hace todo Gobierno conservador, porque representan intereses sólidos, *macizos*, producto del trabajo y de la honradez.

Cuando algún banquero nuevo de París desea en Madrid un corresponsal serio y de indudable crédito, procura ponerse en relación con lo que aquí se llama casa de Bayo y Tapia, ó de Tapia, Bayo y Compañía, que es la casa de Adolfo Bayo, antigua, sólida, fuerte, como que viene heredándose de padres á hijos.

Bayo es un hombre moderno que no vive sino viajando. En París se le encuentra á cada instante en el boulevard, en las cercanías de casa de Anguiz, su criado de paso. O va á Londres, ó viene de Italia, ó vuelve á Madrid, ó prepara un viaje al Pirineo.

Y así como otros viajan por placer cuando han llegado á la altura de la fortuna, Bayo va buscando las últimas invenciones de la industria; aquí una trilladora, allá la máquina de purificar su vino especialísimo, que sólo sirve, por lo caro y exquisito, para las mesas de los grandes señores.

El campo le seduce: cazador infatigable, hay veces en que deja los asuntos más importantes por marcharse, escopeta al hombro, á sus posesiones de Ciudad Real ó de Toledo.

En la actualidad proyecta un ferrocarril á sus minas de la provincia de Granada: un ferrocarril que no tendrá menos de cincuenta y tres kilómetros, y mejorará mucho un puerto de embarque junto á Motril, y por consiguiente, cerca de la grande y magnífica mina de hierro, hematita y manganeso, en que Bayo tiene puestos los ojos.

Nuestros banqueros españoles no son, por lo general, agricultores, ni mineros, ni nada que se aparte de la rutina de la banca. Gastan su dinero fuera de España y no se ocupan de procurar adelantos á su país.

Bayo es patriota de corazón. Sería dichoso viendo los campos de su país natal prósperos, merced á todos los adelantos que trae consigo la agricultura moderna. La política le parece estéril con relación al progreso material de España. Cosechero, agricultor, industrial ante

todo, le gustan las situaciones conservadoras, porque las cree capaces de producir la paz, que es el trabajo, y Bayo ama el trabajo como si no fuera español, que es cuanto puede decirse en elogio suyo.

Elegante, correcto, gran gastrónomo, gran fumador, galante sin pretensiones y franco en los negocios como pocos, podéis tratar con él á ojos cerrados, que no es poco en los tiempos que corren. Un Gobierno conocedor de los hombres y de las cosas, en lugar de haber dado á Bayo un asiento en el Senado, le hubiera confiado una de esas direcciones en las que se puede hacer mucho por la agricultura y por la industria. Precisamente los hombres que no necesitan ni el sueldo ni las *filtraciones* que muchos encuentran en él, son los llamados á hacer algo desinteresadamente por su país.

Pero estos ricos que pueden votar un día lo que á los Gobiernos convenga, son los llamados á perder su tiempo en sesiones de esas muy brillantes para los anales de la oratoria, pero muy infructuosas para el fomento de los intereses nacionales.

Si Bayo hubiera sido osado, ó parlanchín, ó entrometido, podría haber sacado partido de su nombre y de su crédito para apoderarse de algún alto cargo cuando han mandado los suyos.

Es un hombre serio, independiente, *fier*, como

dirían los parisienses, y su actitud es relativamente pasiva.

No importa; la estimación de sus contemporáneos la tiene; en la alta banca es consideradísimo; y como cosechero, lo ha juzgado no hace muchos días un artista francés, el cual, al beber una copa de ese sabroso vino blanco dorado, que da tan grandes ideas á las imaginaciones meridionales, me decía:

—¡Amigo mío, el que produce este vino merece la consideración... internacional!

Sin hacer un vino tan exquisito, la merecía ya este *financier gentleman,* á quien me complazco en dar lugar preferente en estas páginas.

GAYARRE

I

Oía yo á Gayarre y mi admiración por él no era solamente producida porque canta con éxito tan grande. Yo admiro á Gayarre bajo un doble punto de vista. Veo en él al artista y al hombre. Recuerdo sus intimidades conmigo cuando me habla de su pueblo nativo, de su herrería, de su amo, de la primera levita que se puso y del primer orfeón en que cantó, llamando la atencion de Eslava con su voz á ninguna otra parecida. En seguida veo sus progresos de quince años. Su paseo por Europa y América, llevando en triunfo el apellido de humilde herrero navarro que hoy se siente orgulloso de tener tal hijo. Comparo todo esto con la cruz del sietemesino A***, con el título improvisado del ignorante B***, con la dirección general del

adulador Q***, y con la vanidad absurda é injustificada de los advenedizos pasajeros, cuyo nombre no ha de pasar de las paredes del cementerio. Nada más fácil que nacer con un título de marqués y ser grande desde que se va en los brazos de la nodriza. Esto no cuesta trabajo alguno. Pero sucede que se anda por el mundo, y para que las gentes sepan con quien tratan, hay que darles una tarjeta en la que se lea *El marqués de K****; y el serlo es tan fácil, que Cánovas, por ejemplo, hijo del pueblo, los hace cuando quiere. Lo difícil, lo meritorio en estos tiempos prácticos y de todo progreso, es salir á la calle y notar que todo transeunte os mira, murmurando entre dientes vuestro apellido; es viajar en ferrocarril y que el interventor, al tomar el billete para hacerle el reglamentario agujero, recuerde haber visto vuestra fisonomía en algún retrato ó en alguna caricatura; es entrar en una tienda, comprar por valor de una cantidad que no se lleva en el bolsillo, encargar que envíen lo comprado á casa, y que el dependiente, al apuntar las señas y el nombre del comprador, levante los ojos y diga con asombro risueño:—¡Ah! ¿Usted es Gayarre?—que equivale á decir:—¡Conque usted es el idolo del público? ¿Conque usted es el que era obrero, y luego fué corista, y después partiquino, y más tarde tenor de provincia y luego artista de *primo cartello*, y hoy asombro de Europa?—Porque aquel depen-

diente, lo mismo que el barrendero de la calle lector de los carteles de la víspera, saben que hay un español que sin títulos, ni grandes cruces, ni presidencia sin cartera, tiene el privilegio de convocar á la multidad, subyugarla, fascinarla, conmoverla, excitar á la vez todos los nervios de una concurrencia de dos mil quinientas personas, obligarla á levantarse de su asiento, aplaudir frenéticamente con un entusiasmo diez veces mayor al que produce la entrada de un conquistador ó la inútil habilidad de meter una espada en los rubios de un toro... Gayarre es la expresión de los tiempos modernos.

Cuando trabajaba en Pamplona, reinaba en España doña Isabel II, imperaba en Francia Napoleón III, no había nihilismo en Rusia, Víctor Manuel representaba la monarquía sin discusión, gobernaba á sablazos el Egipto Ismail-Pachá, y el Rey de Prusia estaba sin sombra, porque Bismarck no había empezado á ocuparse de Europa. Entonces Gambetta era un abogado, Prím un general, Echegaray un Ingeniero, Parnell un cualquiera, Zola un escribiente, Carpeaux un aprendíz, Edisson un obrero, Castelar un catedrático, Pradilla un dibujantillo, Sellés un estudiante ignorado. Esto era hace quince años, y en este tiempo desaparecen imperios; surge la protesta en el Norte; caen los tiranos de Oriente; aparece el hombre de Alemania; se levanta la república central de

Europa; cambia la paz de España el soldado de Reus; Echegaray transforma el teatro; Parnell agita la Irlanda; Zola revuelve el fango de la vida moderna; Edisson descubre nuevos mundos á la ciencia; Castelar da la vuelta al orbe; Pradilla asombra en París; Sellés alza la bandera de la juventud literaria sobre las ruinas del clasicismo antiguo, y el aplauso de la multitud, desde Moscow á las playas de Rota, proclama el imperio de la inteligencia y los triunfos del mérito personal.

Gayarre no es sólo á mis ojos el artista sin rival, el cantante que transporta al espectador interpretando las divinas notas de los grandes maestros. Gayarre es el siglo XIX paseando triunfante por Europa; es el herrero del Roncal, que conmueve á los reyes y admira á los pueblos; es la manifestación práctica de este siglo artístico, industrial, comercial, científico y expresión del progreso que todo lo domina; es el pueblo coronado, la humildad en triunfo, el arte sobre todo, el mérito individual sobre la dominación tradicional de lo antiguo.

II

(Á ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES)

El sábado, á las ocho de la mañana, me despertó una voz conocida.

¡Y qué voz!

La primera del mundo, como usted y yo hemos dicho mil veces, mi querido Isidoro.

Era la de Julián Gayarre, el cual, como de costumbre, se detenía veinticuatro horas para que las pasáramos juntos.

Vuelve de Italia, va á Lisboa. Cantará en San Carlos hasta fin de Diciembre; el 15 de Enero deberá estar en Nápoles; porque declaro á fuer de hombre sincero, que en el invierno de París, tan animado, tan fastuoso, tan abundante en espectáculos y diversiones, y en medio de una sociedad española y americana que casi casi pone olvido de la patria como vida social, hay para mí dos necesidades del alma que no pueden llenar París, Londres, Roma, Berlín, Petersburgo, ni otra cualquier grande ciudad de Europa.

El palco de María Buschenthal y la voz de Gayarre.

Aquel palco, que es una casa, y cuya dueña es un amigo; aquella voz que sale de los labios de un tenor que además es un íntimo, me hacen olvidar todas las penas, contrariedades y amarguras que yo paso.

*
* *

Gayarre es la esperanza de Vaucorbeil. Más tarde ó más temprano, nuestro tenor cantará en la Grande Opera, y entonces, como el arte que nuestro compatriota cultiva es el que más pronto llega á la multitud, el que el público siente más, y el que está más en moda, nuestro orgullo patrio llegará á su colmo, porque después del renombre alcanzado en París por Madrazo, Fortuny, Villegas, Domingo, Vierge, Sarasate, Gener, Lacalle, Salmerón, Algarra, Olózaga, Miranda, Palmaroli, Arcos, Calzado y tantos otros españoles que se han apoderado del idioma y del gusto de este centro del mundo para brillar en él como periodistas, literatos, letrados, artistas, filósofos, hombres de negocios, diplomáticos, pintores, músicos y cuanto han querido ser, el día en que el cantor navarro, repito, llegue por derecho propio á la escena de la Grande Ópera, París y su población flotante reconocerán que los elogios de toda la prensa

de Europa y América no han sido exagerados cuando han declarado á Gayarre el primer tenor del mundo.

Una vez, el invierno pasado, quiso mi buena fortuna proporcionarme la ocasión de pasar un rato en el *foyer* de las bailarinas de la Grande Ópera. Hay que vivir aquí para saber las dificultades que se oponen á la entrada de un simple mortal en aquel salón donde doscientas mujeres bonitas, adornadas de brillantes, representan á la Francia moderna en su lado frívolo y á la vez importante. Hay que ser abonado, ó persona de calidad, ó recomendado de la dirección, que se niega á facilitar permisos, ó diplomático extranjero..... ¡Qué sé yo! Se llega con más facilidad al salón de una princesa que al de estas señoritas de veinte luises. Verdi, el gran Verdi, fué despedido á la puerta no hace cuatro meses, porque quiso entrar de levita.

Cogidos del brazo de Camilo Bloch, y á fuerza de súplicas y de referencias, entramos dos extranjeros en el *foyer* y pasamos todo un acto allí dentro. Una hora que me diera motivo á muchas *causeries* para ese periódico, si no temiera nuevas acusaciones de inmoralidad de estilo por parte de ese santo público.

Y una vez allí, y hablando con éste y con el otro, y con la otra y con ésta, decía yo, contemplando el lujo y la grandeza del teatro:

—Todo esto es muy notable; local, bailarinas,

decoraciones, óperas..... pero falta un artista. Falta Gayarre.

—Tan cierto es eso,—observó un abonado hereditario, — que la dirección piensa siempre en él; Ambrosio Thomas quiso que fuese él quien estrenase su *Francesca;* pero hay un inconveniente grave, en el que ustedes los extranjeros no se han fijado, y que parece absurdo para dicho aquí: ¡Gayarre es muy caro!

Y así es en efecto. Con los enormes ingresos de la Grande Ópera y la subvención oficial, no permiten, sin embargo, á la dirección el lujo de un tenor como el nuestro, que se disputan todos los años cuatro ó cinco empresarios de grandes teatros, dándole cuanto quiere.

Hasta la fecha, nadie ha ganado en París lo que Gayarre gana en Londres, San Petersburgo, Lisboa, Viena ó Madrid.

Si quisiera volver á América, le recibirían en triunfo.

Hablando yo con el redactor de un periódico americano, del cual soy corresponsal aquí, sobre los asuntos que convendría tratar en mis cartas, me dijo:

—Puesto que conoce usted á Gayarre, hable de él siempre que tenga ocasión, y aquel número en que se le trate bien se venderá doble. ¡En la América del Sud le queremos como á sér sobrenatural!

A pesar de lo que el abonado decía, Vaucor-

beil haría sacrificios grandes por presentar al público parisiense nuestro tenor, y acaso este día no está lejano.

Gayarre, sin embargo no tiene prisa. Sabe que á pesar de ser la Grande Ópera el *desideratum* de tantos artistas, las compañías que en este teatro cantan las obras son generalmente medianísimas; la dirección y el público, aunque á los madrileños les parezca extraño, le dan aún más importancia al baile que á la ópera, y en esto hay mucha culpa de la dirección misma, porque no cuenta con un artista verdaderamente *extraordinario*. La Opera necesita á Gayarre, y él no la necesita á ella; de modo que debe repetir á sus solas aquello de que lo que está de Dios, á la mano se viene.

En cambio adora á Italia, recuerda sus triunfos de Viena y de Rusia; tiene cariño verdaderamente filial á Madrid..... ¡Oh, Madrid! Algo ha pasado en él que ha producido á Julián cierta sonrisa amarga. Yo no sé quién ha dicho en un periódico, hablando de un tenor extranjero, que al cantar los *Hugonotes* había hecho olvidar á todos los que habían cantado antes que Gayarre.

—¡Pronto me han olvidado!—exclamaba hace tiempo.....

En honor de la verdad, el patriotismo obligaba á no olvidar; pero en estas apreciaciones particulares no entra el público, aquel público

que cuando nos aplaude á todos, autores, actores, cantantes, oradores, ó lo que seamos, ni consulta periódicos, ni obra más que por sentimientos. No, Madrid es un pueblo artista, hay cosas en la vida que no se olvidan, y aquel silencioso recogimiento del público cada vez que Julián se prepara á cantar la romanza del último acto de la *Favorita,* aquel éxtasis que se apodera de la multitud mientras el canto dura, y aquel aplauso atronador que estalla al terminar la última nota..., tiene algo de la primera hora que todos hemos pasado en nuestros primeros amores, algo de la poesía que se siente y no se explica, del sueño que no quisiéramos ver convertido en realidad..... ¿Cómo es posible olvidar eso?

Una noche—el otoño anterior—Gayarre vino desde Irún para pasar el día siguiente en Biarritz conmigo; comimos en mi casita de campo, recordando nuestros orígenes, nuestras intimidades, nuestros primeros pasos en la vida. Yo tengo por sistema no pedirle nunca que cante. No hay nada que le contraríe más, y cuantas personas le hablan una vez, han de fastidiarle con la pretensión de que cante para ellas solas. Previne, pues, á las señoras que de ninguna manera se le hablara ni de tararear siquiera.

La comida se prolongó hasta bien entrada la noche. Estábamos solos, en familia, en medio del campo, oyendo el susurrar de las hojas, y

lejos del ruido y la animación de aquel pueblo de moda. Gayarre, otros dos amigos y yo, pasamos al saloncito que hay junto al comedor, para tomar el café y fumar charlando de todo un poco.

La taza de café estaba sobre el piano. Gayarre se sentó, y mientras yo le servía, comenzó á deslizar los dedos por el teclado descuidadamente.

—He encontrado en Italia unas romanzas muy antiguas—nos dijo—pero muy lindas..... Hay una de un soldado que se va á la guerra y vuelve y encuentra á la novia casada..... que tiene una melodía tan dulce..... veréis..... una cosa así.....

Y empezó á cantar á media voz, acompañándose; y una vez comenzado el canto, siguió, siempre á media voz, la romanza toda; y entonces las señoras se fueron acercando de puntillas al corredor, y los niños que estaban ya arriba se asomaron también de puntillas, cogidos de la mano del aya, á la barandilla de la escalera; los vecinos de la casita de al lado salieron á las ventanas sin hacer ruido, y las hojas secas desparramadas por el jardín comenzaron á crujir como cuando llueve, bajo el peso de los pies de los aldeanos que pasaban por el camino y que invadían tímidamente la casa. Y así todos, sobre las puntas de los pies para no interrumpirle, las manos en las orejas, conteniendo

el aliento, oyeron la preciosa melodía maravillosamente dicha allí en la soledad del campo y rompiendo el silencio de la noche; de modo que al acabarla resonó un aplauso inesperado, íntimo, salido del corazón de unos admiradores que parecieron surgir de la tierra..... ¿Cómo pueden olvidarse estas impresiones?

El artista que produce estos efectos llega á ver que toda Europa le conoce hasta en su vida privada, y se desvive por servirle.

Una vez le escribió una rusa desde Moscou, y puso en el sobre: *Señor Gayarre-Roncal.* No puso en qué nación estaba el pueblo, pero la carta llegó á los seis días. ¡Ya lo creo!

—El Czar quiere que cante usted mañana en el palacio de Invierno—le dijo un empleado de la Real Casa, en San Petersburgo.

—¡Ah! ¿Él quiere? ¡Pues yo no!—dijo nuestro tenor.

Allí donde siempre que se nombra el Czar hay que quitarse el sombrero, esta respuesta era un delito de lesa majestad. Pero el alto empleado volvió al escenario.

—Su Majestad desearía saber á qué hora tendría usted la bondad de honrarle cantando.

—¡Eso ya es otra cosa!

Su carácter independientísimo se parece tanto á este mío que tantos disgustos me cuesta, que no es extraña nuestra identidad, aparte de

mi admiración como español y como amante de la música, por este tenor excepcional.

Las veinticuatro horas que pasamos juntos enteras cada vez que pasa por aquí, son, como antes he dicho un descanso, una expansión... expansión, sobre todo, aquí donde esa palabra apenas se usa.

La otra noche hacían *Faust* en la Ópera. ¿Le oiremos?—le dije.—Pero, hombre, ¿es posible oir en calma que á *Faust* le llamen *Monsieur?* —exclamaba riendo.

Ah, Monsieur,
Je ne suis pas demoiselle...

¡Y Gayarre tiene razón! Hay cosas que no pueden ser, y el francés no es el idioma de la música, ni lo será nunca. Cuando Elena Sanz me hace oir el *Lago* como ella lo canta, la poesía de Lamartine no me parece tal.

La música, al viajar por Europa, salta desde los Pirineos á los Abruzzos; si se detiene aquí, se pone mala.

Gayarre llegó á Lisboa anteayer. Este tenor sí que será remedio á toda pena, y no aquel médico que se anuncia en Lisboa como curador *dos homes emponzoñaos*.

JIMÉNEZ ARANDA

La primera vez que Fortuny fué al estudio de Jiménez Aranda, en Roma, creyó que perdía su tiempo y que hacía un favor con la visita.

Pero así que entró y vió el cuadro que el artista titulaba *Dios guarde al rey*, varió de opinión y quedó sumamente sorprendido.

Jiménez Aranda no estaba pensionado por el Gobierno. Había ido á Roma con recursos propios ó por la protección de algún particular sevillano.

—¿Para quién es ese cuadro?—preguntó Fortuny.

—Para nadie—respondió el artista con su habitual sequedad.—Yo no he vendido aún nada.

—Pues yo lo compro—dijo el artista catalán, que era entonces el dios de los pintores representantes en Roma de todos los países.

Y al salir del estudio les dijo á los artistas que formaban su cohorte y que le habían acompañado:

—No se debe desdeñar á nadie sin conocerle. Este hombre dibuja de una manera tal, que podría enseñar á todos.

Aquella misma tarde escribió á Stwart, el famoso coleccionista, y le dijo:

«Compre usted el cuadro que le enviaré en esta semana. Es obra de un artista especial de gran mérito, á quien no dudo en asegurar un porvenir brillantísimo.»

Stwart no discutía jamás una opinión de Fortuny. Envió el precio que éste le indicó, y adquirió el cuadro sin conocerlo.

Pero al venir Fortuny á París aquel invierno y visitar los salones del rico americano, llenos de obras de los primeros pintores del mundo, notó que el cuadro de Jiménez Aranda estaba encima de una puerta.

—¡Cómo!—exclamó Fortuny con esa hermosa lealtad de criterio del genio que no conoce la envidia.—¿Ha creído usted tal vez que mi carta era una recomendación y nada más? ¿No ha sabido usted apreciar lo que tiene? Coloque usted ese cuadro en lugar preferente..... ó quite usted todos los míos.

Y Fortuny tenía razón.

Preguntad á todos los artistas españoles que

hay en París, por este pintor de primer orden, y veréis cómo ninguno le discute.

Hablan de él con respeto, con esa admiración sin frases hechas, que revela el éxito de un momento. Es un maestro.

Allá en el quinto infierno de París, en una de las callejuelas que dan al boulevard Montparnase, tiene su estudio, que forma parte de un hotelito, en el que vive como la ostra dentro de la concha, sin salir casi nunca y sin ocuparse del mundo para nada.

Es un hombre consagrado á su arte y á su familia. Rodeado de una mujer hermosa y de siete hijos encantadores, desde que sale el sol hasta que se pone, no hace sino pintar y vender, porque desde hace algunos años sus cuadros son papel moneda en París, en Londres ó en New-York. A este artista excepcional, admiradísimo en el extranjero, le dieron en España hace poco, en cierta exposición, una tercera medalla. Ha necesitado, como Sarasate, como Gayarre, como Fortuny y como tantos otros, que el extranjero les consagre, para que la madre patria se entere de los hijos que tiene. ¡La madre patria, donde de un cualquier abogado parlanchín se hace un ministro, ó un general del primer coronel que se subleva!

Distínguense las obras de este pintor por una maestría tal en el dibujo, que no conoce entre los contemporáneos ninguno otro que le aven-

taje. Pinta de verdad, y domina de tal manera el natural, que sin su escrupulosidad proverbial podría muchas veces prescindir del modelo. Con los estudios del natural que hay en su estudio podría hacerse una galería de suma utilidad para los pintores que empiezan.

Especialista en su género, pinta lo que se llama en el *argot* de los talleres españoles *la época de Goya,* como nadie. Desde su cuadro famoso de la Exposición universal, en que se ve la cogida del picador sin verla, hasta los cuadros que envía á Inglaterra reproduciendo nuestras costumbres de principios del siglo, todas sus obras tienen un sello personal que no se confunde con el de otro artista español moderno, y sobre los demás pintores tiene la ventaja de que no pinta por pintar, sino que compone. Sus cuadros están razonados, los hace como haría comedias ó libros interesantes. Siente y razona á un tiempo, lo cual es muy raro.

Algunos de los compañeros dicen que el aislamiento en que vive le priva de ver lo moderno, las costumbres y la vida de París..... ¿Qué le importa todo eso á un artista que sólo hace la reproducción del siglo pasado? El cuadro que ha enviado á Munich y que ha obtenido el premio de honor, es el *Sermón en el patio de los Naranjos,* en Sevilla. Lo que está haciendo ahora son estudios de costumbres pasadas. El abate que lee las noticias de las campañas de Napo-

león, los húsares de Marceaux en la tienda, la procesión en España, los alguaciles con el alcalde de casa y corte llamando á una puerta... Nada de esto es de hoy, y el pintor hace bien, á mi juicio, en reconcentrarse y vivir aislado de la vida moderna, pensando y sintiendo en español allá en un extremo de París, que es al mismo tiempo su admirador y su comprador constante.

Pero lo que el público no conoce, y en mi opinión será en su día la obra colosal de este compatriota ilustre, es la colección de dibujos que está haciendo á la vez que lee por las noches el *Quijote* á sus hijos.

Cincuenta, sobre poco más ó menos, son los que hasta ahora lleva hechos, y que ayer estuve admirando durante dos horas.

No sé si podrá llevar á cabo obra tan grande. Hay para cada renglón del gran libro una ilustración, en la que el extraordinario dibujante se demuestra con condiciones excepcionalísimas. Tengo por superiores á los de Gustavo Doré muchos de estos dibujos, porque son en menos fantasía, mucho más españoles, como sentidos y hechos, porque tiene más títulos al conocimiento de los personajes y lugares.

El hidalgo manchego, la Maritornes, el ventero, la posada, las bardas del corral, todo es como debía ser en tiempo pasado, y cuando el artista se pone á fantasear y á imaginar los sue-

ıos y desvaríos del andante caballero, entonces, lo repito, supera en más de una ocasión á Doré, que á mi juicio no ha hecho una ilustración esencialmente española de nuestro gran libro, así como sus fantasías del Infierno del Dante, que exigían menos color local, son únicas.

Como antes he dicho, el pintor Jiménez vive aislado y huyendo del mundano ruído. Por las noches sus hijos leen el *Quijote* después de comer, y el artista aprovecha la velada para hacer estos primorosos dibujos, que serán con el tiempo una grandiosa colección. Acaso se equivoca en su propósito de hacer con ellos un *Quijote ilustrado,* es decir, las láminas ó estampas de una nueva edición de la obra inmortal. Yo creo que debiera publicarlos independientemente con el título de *Album del Quijote,* por ejemplo. A veces un solo renglón de tal ó cual capítulo le inspira dos ó tres láminas. Seguir trabajando así, sería más largo que la vida; y como lo importante para el público, y sobre todo para España, sería conocer el trabajo del artista, debiera ella sola formar cuerpo de obra. Aun así y todo, sólo un editor muy rico, ó el Estado, podrán emprenderla, si ha de hacerse dignamente.

Se adivina en Jiménez Aranda el español de buena raza, que aunque viviera y pintara en Pekín ó en Groelandia, no dejaría de vivir y sentir *en español,* libre de todo contagio extranjero. A los demás nos atrae algo la vida moderna de los

otros países; en fuerza de admirarlos, somos muchos los que resultamos á veces, y sin darnos cuenta de ello, menos patriotas de lo que en realidad somos; porque nuestra imaginación meridional nos lleva á celebrarlo todo con excesivos elogios que juzgan depresivos para nuestro país los españoles que no han salido de la madre patria y no conocen nada más allá de sus fronteras. Otros compatriotas, en cambio, no abdican su personalidad *local*, si se me permite la frase, en ningún país de la tierra, poniendo empeño en ensalzarla en sus propias obras. Jiménez Aranda es de éstos. Antes que artista español de pura sangre su dibujo es esencialmente característico, como sus aficiones son literarias, son clásicas. Dijérase que á fuerza de pintar españoles con casacón y con peluca, toreros sevillanos contemporáneos de Costillares, hidalgos y alguaciles, siente las cosas en español rancio. Su éxito en París ó en Londres consiste en eso; porque pinta una época que es única para el cuadro de género, tan estimado en este mundo artístico.

El estilo es el hombre en todas las manifestaciones de la inteligencia. Conociendo á Raimundo Madrazo y sus costumbres, se comprende que no puede hacer retratos que no sean elegantes, distinguidos, aristocráticos. Las obras de Pradilla son como él, producto de la meditación y de la corrección académica. Palmaroli hace unas

mujeres deliciosas. Domingo pinta con la energía y la virilidad que rebosa en él; y Villegas, que es poeta sin saberlo, fascinará siempre con la inimitable poesía de sus cuadros, en los que la fantasía lo domina todo...

Jiménez Aranda es lo que pudiéramos llamar un pintor castizo, como se dice de los escritores que dominan la hermosa lengua de Cervantes. Goupil me decía anteayer mismo que, de los contemporáneos españoles, este pintor es acaso el más puro y más correcto.

Y Goupil no conoce las ilustraciones de el *Quijote*. Era para él un secreto que mi admiración indiscreta acaba de revelarle, y que tal vez no sea delación perdida.

Las visitas al taller de este compatriota notabilísimo fomentan el orgullo nacional y son para mí un gran lenitivo á la nostalgia.

Son excursiones á la madre patria, hechas dentro del recinto de París, que en estos artistas nos admira.

LA DUQUESA DE CHAULNES

Oh, qué triste impresión produjo en muchos corazones la muerte de la Duquesa de Chaulnes!

A nadie mejor que á ella pudo aplicarse el endecasílabo famoso de nuestro gran poeta.

¡Infeliz fué, por ser hermosa!

Todo la sonreía; el gran mundo, con sus grandes atractivos y sus grandes miserias, la hizo víctima de su implacable saña.

Es preciso haber conocido á la Duquesa de Chaulnes, para saber hasta dónde llega la belleza humana.

La Duquesa de Chevreuse, su aborrecible suegra, dijo al hallarla por primera vez en un salón:

—Esta mujer debe ser la esposa de mi hijo. A hombre que lleva nombre tan alto corresponde hacer su mitad de la mujer más bella de su tiempo.

Y lo era, en efecto.

Y no solamente hermosa, sino de una distinción tal, que dejaba en la memoria impresión perenne.

Una sola vez la ví, en Biarritz, hace cuatro años. El Príncipe Wolkouski, rector de la Academia Imperial de San Petersburgo y asiduo concurrente á la playa de Biarritz, me había pedido una biografía de Castelar. A falta de otra más completa, le ofrecí la que figura en un libro mío que acababa de publicar el editor De Carlos; estábamos sentados en la *terrasse* del Casino cortando las hojas del libro y hablando del gran orador mi compatriota, cuando pasó una señora á la que el Príncipe se apresuró á saludar, dejando la conversación interrumpida.

Levanté la vista, y hallé tan extraordinaria la belleza de aquella mujer, que me faltaba el tiempo para saber su nombre.

—Es la Princesa Galitzin, compatriota mía—dijo el ruso;—una celebridad como belleza...

—Bien se ve.

—Se ha casado con el Duque de Chaulnes, de una gran familia francesa.

Cuando algún tiempo después comenzó la prensa de París á ocuparse de las dos Duquesas, sin saber por qué consideraba yo á la célebre hermosura como una amiga... A fuerza de recordar aquella fisonomía inteligente, aquellos cabellos de un color rubio especialísimo, aquella

distinción sin igual, se me figuraba que la conocía, y leía las crónicas de los tribunales con impaciencia. El artículo de Augusto Vacquerie en el *Rappel* defendiéndola sin conocerla, y colocándose él, austero republicano, de parte de la interesante aristócrata, me produjo efecto muy grato.

Una mañana en que fuí invitado á almorzar por un amigo mejicano, ví sobre el piano el retrato de fotografía de la Duquesa. El retrato se vendía, según supe después. Acabado el almuerzo, fuí á comprar uno, pero según me dijeron en la única tienda donde había sido expuesto, no quedaban ya ejemplares. La Duquesa tenía un público *suyo*, de admiradores ciegos, que si hubieran compuesto el jurado la habrían perdonado. ¡Cómo no, si era tan hermosa, y tan desgraciada!

Esta mujer, que durante dos ó tres años ha sido la admiración del mundo de aristócratas y de millonarios en que reinaba, ha muerto ayer en el barrio de la Villette, en un cuarto segundo de una calle apartada, en un dormitorio de familia, en una cama de hierro; sola, olvidada, después de vivir seis meses de limosna.

La Villette es, en París, una población de jornaleros. Carniceros, fundidores, drogueros, fabricantes de artículos de primera necesidad, constituyen su parte más rica. El resto lo compone casi todos los obreros de París. Abundan

allí las *brasseries*, los billares de gente pobre, las casas de vecindad, los almacenes de comestibles, todo lo que pueda imaginarse de más opuesto, en fin, á la vida que la Duquesa de Chaulnes había hecho desde su infancia.

Allí buscó refugio á la miseria en casa de unos amigos muy pobres.

—Si no me recogéis—les dijo—tendré que arrojarme al Sena!

Entró, y no volvió á salir.

Ha muerto allí—decía Clarettie—la bellísima mujer cuya imperiosa y atractiva hermosura recordaba la de Sofía Croizette, tocaya suya, y de la cual se dice que también lleva sangre rusa en las venas. Y ha muerto sedienta de silencio, hambrienta de olvido, la belleza á quien los soldados veían hace poco salir del Palacio de Justicia, altiva en su luto, y á la cual sentían deseos de saludar con respeto.

Ocho días antes de morir, su médico y á la vez su mejor amigo, le exigía que se cortase sus abundantes cabellos rubios. Cuentan que se sometió al sacrificio llorando silenciosa. ¡Era el último lujo que le quedaba!

Su disposición testamentaria fué muy breve. Un vestido de raso blanco y su anillo nupcial en la mano derecha. ¡Es cuanto había pedido para después de muerta! ¡Qué diferencia entre su lecho nupcial y la pobre cama prestada en que la ví de cuerpo presente!

Murió á los veinticinco años, en la soledad y el abandono. ¡Hay dos muertes! ha dicho Miguel de los Santos Álvarez: ¡la muerte blanca y la muerte negra! Esta fué blanca, y en torno del fementido lecho prestado revoloteaban los ángeles que velan el sueño de los que aman!

Ignoro si Sofía Galitzin pecó; pero en estas grandes ocasiones son oportunas las citas santas, y el Cristo lo dijo refiriéndose á pecadora más grande que ésta, nunca bastantemente llorada:

—¡Se le perdonan sus pecados... porque amó mucho!

CASANOVA

Burla burlando, como en el soneto de Lope, van delante los artistas que han de formar mi libro futuro, y que publicará, si á él y á mi nos da Dios salud (díganme que no soy devoto), el editor Alvarez.

Tócale hoy el turno al pintor español Casanova, conocidísimo en el extranjero, donde pinta y vende como pan bendito frailes y majas.

Acaso el lector español no ha olvidado el constante cuadro de Casanova, que, más ó menos variado, habrá visto en casa de Hernández, ó en algún salón particular, ó en alguna exposición de pinturas.

Lo picaresco de la situación cómico-religiosa (con permiso de los ultramontanos) que este españolismo artista reproduce, constituye su mérito y su encanto.

Es preciso conocer un poco el extranjero para

saber cuánto se estiman aquí estas costumbres de nuestro siglo pasado y principios del presente, que dos ó tres artistas notables hacen maravillosamente.

Jiménez Aranda (D. José) y su hermano don Luis pintan abates y barberos, madamas y lechuguinos, alcaldes y alguaciles, currutacos y picadores... Casanova pinta frailes y les pone siempre al lado muchachas bonitas.

Hay en esto una graciosa propaganda de ridículo y una adivinación ó recuerdo de aquella época del Prado y del chocolate, la sopa boba y las visitas á las devotas apetitosas.

Hay en estos cuadros primorosamente pintados, que los ingleses compran sin distinción, una reproducción de aquellos tiempos que Pérez Galdós ha descrito con admirable pluma en sus *Episodios Nacionales* y que los Mélidas han fotografiado con primorosos dibujos.

Allá en la rue Greuze, á la entrada de Passy, tiene su estudio este contemporáneo, que, como Pellicer, Vierge, su hermano Sámuel y los Arandas, apenas saben que existe París. Viven completamente dedicados á su trabajo, lejos del mundanal ruido, sin más vecino de enfrente que el modelo, ni otra aspiración que la de su arte. ¡Admirable manera de ser, que contrasta con la de tanto desocupado, que han convertido á París en el antiguo Zocodover de que hablaba Cervantes!

De algún tiempo á esta parte, Casanova, á quien los compradores pedían cuadros de género, se negaba en absoluto á vender. ¿Por qué? Porque se había propuesto en el *Salón* próximo un cuadro grande, un cuadro colosal, cuyas figuras, de tamaño mayor que el natural, habrían de representar una escena tristísima y de gran importancia histórica.

Casanova pensaba como asunto de su inmensa tela, la muerte de Felipe II, y se dedicó completamente á este largo trabajo.

Alguien le dijo que el patriotismo exigía dar la preferencia á España y que el cuadro debía ir á Madrid y figurar en la próxima Exposición de pinturas.

Nuestro pintor es patriota, y abandonando el centro en que vive y donde le conviene exponer, enviará su cuadro á la patria.

No diré yo cómo es, ni si me parece bien ó mal. Lo primero sería descubrir el secreto del artista, que sólo el público debe conocer. Lo segundo, adelantar opiniones. Baste saber que el cuadro de Casanova y Estorah será de los más importantes que figuren en la Exposición próxima, y que ocupa todo el estudio aquel donde hemos pasado hace pocos días dos horas.

Estudio curiosísimo que no se parece á ninguno. El de Madrazo es aristocrático, el de Domingo es rico, el de Aranda práctico, el de Ribera sencillo, el de Egusquiza suntuoso, el de

Gisbert campestre... Pero el de Casanova es un almacén artístico, un gran montón de infinitas cosas, todas útiles, todas características, todas en armonía con el género del artista. Hábitos y mantillas blancas, sandalias y abanicos, tabaqueras y zapatos con galgas, peinas y disciplinas... todo trasciende á Goya, y el contraste constituye escuela.

El artista trabaja vertiginosamente de sol á sol; es un temperamento nervioso, impresionable, queriendo hablar á la vez español, francés é italiano, preocupadísimo en la opinión futura de la crítica y de sus compatriotas, esclavo de todos los detalles, rodeado de libros, códices é historias parciales, creyendo que las horas son minutos, y hablando y pintando, y quejándose del cielo parisién, plomizo y triste, que le roba la luz y tiempo para acabar su cuadro, que, como el más importante de cuantos ha hecho, le absorbe la atención y le quita el sueño.

Es un joven franco, sencillo, sin pretensiones, á pesar del éxito constante de sus deliciosas escenas, que ya están á alto precio en todos los mercados. Para él no hay más mundo que aquellas cuatro paredes llenas de cachivaches y de apuntes graciosísimos. La mano, acostumbrada desde temprana edad al dibujo y al color, ejercita con extraordinaria facilidad y buen gusto raro. Deséole todo el éxito que se merece en el certamen que se prepara en la madre patria,

donde apenas se le conoce. Es uno de tantos que han comenzado su carrera fuera, y van á pedir á sus compatriotas la confirmación del universal aplauso.

En la anterior semana han visitado el estudio diferentes artistas franceses que han admirado la gran verdad histórica del cuadro nuevo y el tono de melancólica verdad que ha podido dar el pintor á tan sombrío acontecimiento... Pero ya iba á describir los detalles, y repito que no es éste mi propósito, sino el de dar una anticipada enhorabuena á un notable pintor que nos honra en el extranjero y que será, sin duda, tan celebrado en su país como lo es donde quiera que se presenta un cuadro suyo.

¡Singular condición la de los españoles notables, ó la del país en que todos hemos nacido! Por centenares se cuentan los que fuera de la patria son aplaudidísimos, y discutidos, sin embargo, en ella...

Tomás Bretón me decía no há muchas horas, que esto consiste...

Pero de Tomás Bretón he de hablar extensamente otro día.

MANUEL CATALINA

En el breve espacio de cinco años de ausencia he leído con aterradora continuidad en esos periódicos, noticias de muerte que me quitan á veces las ganas de volver á la madre patria.

¡Los amigos se van, los amigos se mueren! Y casi todos jóvenes, en la fuerza de la vida, como si en Madrid se respirase un aire envenenado...

Entre mis relaciones francesas puedo contar más de cien conocidos sesentones, y sin embargo, llenos aún de vida y de energía. Ocasión sería ésta de hablar de las condiciones higiénicas de nuestra capital, ó de nuestro desarreglado modo de vivir, ó de nuestras pasiones... pero no es esto lo que me mueve hoy á conversar con mis lectores; quiero no más dedicar un recuerdo al excelente amigo y notable actor que acaba

de morir, y en cuya intimidad tanto tiempo viví...

Ahora que las Memorias están en moda, á las biografías extensas y fastidiosas han sucedido las notas íntimas y las anécdotas ignoradas. En la vida de Catalina hay tantas, que podrían llenar capítulos enteros de una obra dedicada á contemporáneos de notoriedad.

Desde luego habría que hacer constar el gran efecto producido por aquel joven abogado, hijo de una distinguida familia, ilustradísimo y nacido en tan buenos pañales, que huyendo de los pleitos y dando el escándalo (para aquellos tiempos) de dedicarse al teatro, comenzaba su carrera haciendo aquel disparate cómico popularímo que se llamaba *El Duende*, y que durante muchos años hizo las delicias del público de Madrid. *El Duende* fué la base de la zarzuela en España, y mientras duró el éxito de aquella quisicosa, Catalina comenzó á tener la doble notoriedad de actor y de hombre distinguido. La mitad de su boga consistió en su persona, y esto contribuyó muchísimo desde los comienzos de su vida artística á procurarle muchos enemigos.

Yo no sé en qué consiste, ni quiero estudiarlo, pero es un hecho que entre nosotros, allá en aquella adorada España, tan franca y tan expansiva, la distinción y el refinamiento de la persona no gustan, por regla general, siendo popular, en cambio, el descuidado y sencillote. Cuando se recuerda que para quinientos mil habi-

tantes apenas tenemos en Madrid seis casas de baños, y cuando en plena fiesta de toros, delante de las señoras ricamente prendidas á la española, se lanzan á toda voz las palabras más indecentes á manera de gracia, ya se comprende un poco más que el hombre atildado y que pone empeño en separarse un poco de esta manera de ser nacional sea objeto de burlas, y aun se viene á las mientes la frase de un madrileño famoso (1) á un literato principiante:—Tú tienes mucho talento, pero te vistes demasiado para el pueblo en que vives.

Catalina era, como el gran Romea, un caballero metido á cómico; tenía gran partido entre las mujeres y entre las señoras. Hablaba dos ó tres idiomas, era limpio como el oro, se vestía muy bien, y en la escena, desde que empezó á ser actor hasta un año antes de morir, pareció siempre el galán joven simpático y atractivo á quien se dirigen los gemelos de las manos más chicas. ¿Cómo se le había de perdonar esto en el mundo de los bastidores y en el de las letras? Hasta hace poco, nuestros literatos y poetas creían que para serlo debían alardear de *adanes;* y en cuanto á los cómicos, salvo á diez ó doce honrosas excepciones, siempre en España fueron dados á la gracia ordinaria y á la monomanía de lo «flamenco».

---

(1) D. Joaquín Barrutia.

Catalina no fué realmente conocido ni estimado como se merecía, hasta que entró en el teatro Español, donde dió grandes pruebas de director inteligente y de actor moderno de gran valor. Por más que se diga que hacía bien el drama, sostengo y sostendré siempre lo contrario; hacía en él lo que podía, y como nos sucede á todos, quería hacerlo precisamente porque era un género al que no se adaptaban sus condiciones especiales. No diré que lo hiciera mal; pero el actor que acaba de morir era un artista de comedia, y en ella brilló siempre como pocos. Nadie ha recordado á su muerte su manera de hacer *El pañuelo blanco*, *No la hagas y no la temas*, *El anzuelo*, *Jugar al escondite* y otras comedias mías; sin duda ha sido por no tener que acordarse de mí; pero éstas son pequeñas miserias que dentro de cincuenta años habremos olvidado todos. Yo, sin embargo, tengo la obligación de recordar aquellas obras, no porque sean mías, sino porque en ellas hacía Catalina verdaderos primores.

Le conocí por el año de 1868, en los albores de la revolución, de la que no quisiera él ser testigo, porque, aunque no tuvo nunca el mal gusto de ocuparse de política, Catalina era conservador. Ni podía ser otra cosa, dados sus antecedentes de familia. Pariente cercano de Severo y de Mariano Catalina; relacionado íntimamente con las personalidades más altas del

partido que acababa de caer, íntimo amigo de Rubí, de Tamayo, de Fernández-Guerra; inseparable de aquel pintor Manuel Castellanos; sin cuya presencia y conversación no sabía hacer nada; acostumbrado á que su sala del teatro Español fuera un salón aristocrático, pues tenía por abonadas á las damas más ilustres, en cuyas casas hacía de vez en cuaudo la comedia de salón, no podía aguantar lo que él como tantos otros llamaba «la gloriosa.» Las discusiones que hemos tenido los dos solos, delante de un buen almuerzo, en su casa de la calle de Carretas, sobre la cosa pública de entonces, llenarían libros. Catalina no podía comprender ni buen gusto ni aficiones delicadas en hombre de ideas revolucionarias. Como tantos otros, no concebía revolucionarios de camisa limpia, y mi franca risa le enojaba. Era menester que tal ó cual linda persona, cubierta la cara con el velo y el devocionario en la mano, viniese á tocar suavemente en la puerta á esas horas en que los maridos duermen todavía, y en la iglesia cercana tocan á misa, para que Catalina se levantara de puntillas, me pidiese por Dios que me fuera y dejáramos para la noche los comentarios de aquello y de lo otro.

Si pudiera hacerse una lista de las mujeres bonitas que han pasado por aquella casa de la calle Carretas, se vería cuán afortunado fué aquel pobre amigo. Tenía el hermoso defecto de

ser mujeriego, y no le bastaba un amor, ni dos, ni tres; ni en comedia alguna de las mil que ha representado hay más enredo ni intrigas de amor de las que él tuvo en cualquier día de su existencia.

En cuanto Romea enfermó gravemente, busqué yo la amistad de Catalina, convencido de que él había de tener un intérprete como ninguno. Todavía no era Mario lo que hoy es, y la comedia de costumbres no tenía mejores representantes que Manuel Catalina y su hermano Juan. Ligada estrechamente con ellos vivía la gran Matilde Díez, nunca bastante llorada, y comenzaba á brillar como estrella de marca mayor aquella inolvidable Elisa Boldún, también para el arte perdida. Con estos elementos era muy difícil que una obra fracasara, de no ser detestable. Por eso, al acabar el manuscrito del *Pañuelo blanco*, fué resueltamente al teatro Español, y debo declarar que Catalina y yo nos entendíamos en seguida.

Tan en seguida fué, que leída la obra un jueves, á los ocho días justos se estrenó, y como los éxitos y las penas unen á las gentes, la amistad entre el actor y yo era íntima á los quince días. Aun era yo soltero y hacía vida de madrileño, alegre y divertida. Manuel y yo nos contábamos nuestras aventuras, nos ayudábamos mútuamente, y aun á veces las corríamos juntos.

Una tarde, Catalina había estado comigo en una casa donde vivían dos hermanas, tan fáciles como bonitas, y ambas casadas con militares que estaban por esos cerros combatiendo á los republicanos, mientras nosotros, pérfidos, íbamos á consolarlas de la ausencia. ¡Sirva de ejemplo á los incautos, y no vayan á perseguir á los que defienden la buena causa!

Habíamos hablado días antes de cierta aventura ocurrida á Mario en los albores de su vida artística, cuando encerrado en una casa á donde había llegado de improviso un marido inoportuno, contaba el actor los minutos que faltaban para levantarse el telón, mientras él estaba allí sin poder salir, faltando á la obligación y al público, y deshaciéndose de impaciencia.....

—A mí no me sucedería eso—decía Catalina—por que yo salgo y me dejo matar, pero llego á tiempo á la escena.

—¡Qué ha de salir usted, hombre!—decía yo.

—Pues qué, ¿no hay más que salir?

—No sé lo que haría.

Pronto lo supo. La tarde aquella, y cuando más entretenidos estábamos, llegó de improviso, no el marido, sino el padre de aquellas tiernas criaturas. Un padre septuagenario y enfermo del corazón, respetabilísimo celoso, aun más que los maridos, de la opinión de sus hijas; un hombre, en fin, á quien ni Catalina ni yo hubiéramos dado un disgusto por nada en el mundo.

Yo tuve tiempo de ocultarme tras de la puerta por donde el anciano entró, verle pasar y escurrir el bulto; pero mi buen Manuel estaba allá dentro y no podía salir sin ser visto, y la hija se puso de rodillas y le rogó que se encerrase donde yo me sé, y el padre entró, y dijo que venía á comer; y eran las seis y media de la tarde y la representación del teatro Español comenzaba á las ocho.

Dan las siete, las siete y cuarto, y yo, que espero al artista en la portería del teatro, comienzo á creer que no viene y que mi pobre comedia va á ser suspendida el segundo día. No sé quién de los dos debió sufrir más. Acaso él, porque era esclavo de su deber.

Las siete y media, las ocho menos cuarto..... Ya han pasado por delante de la portería los músicos de la orquesta, dos ó tres actores; veo llegar á Matilde Díez, que baja de su coche envuelta en un abrigo de pieles.—¡Hola!—¿Y Manuel?—*Debe* estar arriba, le digo para no alarmarla..... Pasa Elisa Boldún.—Buenas noches; ¿está usted de portero?—Sí, hasta luego. Y volviéndome hacia Pérez, el inolvidable Pérez, aquel portero que era un amigo, le digo:—Muchacho, D. Manuel no viene.—¡Pues ya son las ocho! — Las ocho. — Y arriba creerán que se está ya vistiendo, y yo voy á dar la orden. — Y le oigo subir y recorrer los pasillos del vestuario gritando, según la clásica costumbre:— ¡La

ordeeen!—Nada, Manuel no viene, estoy convencido.....

Por fin óyese un coche que viene atropellando á la gente, que se para delante de la puerta, y veo saltar á mi Manuel, sin sombrero y con un delantal blanco como los mozos de los cafés, riendo jadeante y diciéndome á la vez que se quita el delantal y me quita el sombrero:—Ahora hablaremos, ahora hablaremos... y de cuatro en cuatro sube las escaleras, mientras la orquesta comienza ya á tocar la sinfonía de la *Mutta*, que era entonces cosa obligada.

Sucedió, pues, que las niñas aquellas del entresuelo quisieron obsequiar á papá y mandaron traer del café unos riñoncitos salteados, mientras á Manuel le dolían los huesos de estar encorvado en el escondite; vino el camarero, pasó por delante del viejo, que leía tranquilamente *La Correspondencia*, y fué á dejar el plato sobre el fogón. Catalina tuvo la inspiración del que está de prisa. En un instante, en voz muy bajita, ofreciendo una moneda de cinco duros bajo promesa de que el mozo se quedaría en la cocina hasta las nueve en que el viejo se iría, y pidiendo prestado el delantal, combinó la salida, que no tenía más que un peligro: el de que el padre levantara la cabeza; pero ya una de las niñas, con ese instinto de cómica que tienen todas, se había colocado delante de la butaca cubriendo el cuerpo de papá, la mano en el res-

paldo, inclinada hasta tocar con su cara la de aquel celoso del honor castellano, y mientras decía con acento meloso:—¿Dónde es el mes de María, papá?—Catalina salía á toda prisa, diciendo un «buenas noches» borroso y con voz aguardentosa... Ya estaba libre. Tomar un coche y prometer al cochero hasta la grandeza de España de primera clase si llegaba al teatro Español en cinco minutos, fué obra de un momento. ¡El honor del soldado y mis derechos de autor estaban salvados!

Y de éstas ocurrían todos los días. A veces hacía la comedia y el amor á un tiempo, guiñando á la del palco y contestando á la dama. Como tenía muy buen corazón y era todo un caballero en estos asuntos y en todos, las mujeres le querían y le respetaban á un tiempo.—Lo único que sentiría al dejar á una mujer,—me decía,—sería no quedar siendo buen amigo suyo.—Esta es teoría de hombre de gran mundo, y no muy frecuente en países meridionales.

Como artista, deja un gran vacío en la comedia de costumbres. Actores que se vistan á la antigua y digan ó disparen tiradas de versos castellanos ni más ni menos que en tiempo de Calderón, todavía *salen* muchos en nuestra España. Actores en quienes la naturalidad, junta con la distinción, produzcan el efecto que pide la comedia moderna, tenemos muy pocos. Aquella franca y exactísima manera de hacer el con-

de de *El Pañuelo blanco*, ó el alegre y travieso muchacho de *El Anzuelo*, era especialísima en Catalina; y la costumbre de vestirse bien fuera de la escena y de vivir siempre entre las altas clases, le daba un sello personal que no puede tener, aunque le sobre talento, el cómico que viste de americana y hongo, y después de pasar la tarde en el rincón del Suizo con los toreros, ha de representar por la noche *El Hombre de mundo*.

Nunca tuvo disgustos ni disensiones en asuntos de dinero, y ha sido acaso el único actor-empresario que se consideraba feliz con atender á sus obligaciones, aunque no ganase nada, porque en él el amor del arte lo dominaba todo. Cumplió siempre con la mayor exactitud sus compromisos, lo cual entre bastidores no suele ser muy usual. Buen administrador, y llevado de su buen gusto, notábase en la organización interior del teatro un no sé qué que recordaba la casa rica y bien entretenida. En su tiempo el saloncillo del teatro Español fué una reunión íntima de gente ilustrada.

Yo he creído siempre que su salida del teatro Español fué el principio de su enfermedad y de su muerte. Acostumbrado á vivir allí, y obligado después á recorrer teatros que iba elegantizando á medida que pasaba por ellos, tenía la nostalgia del antiguo corral de la Pacheca. Como Gayarre, solía decir que le repugnaba

trabajar en teatros feos. Y luego, recorrer las provincias, hacer las comedias tan pronto en la Coruña como en Segovia, hoy en Cuenca y mañana en Sevilla, suspirando siempre por su Madrid, y viendo, como él decía, «el teatro á doce cuartos por hora»; viajar con la compañía, él que estaba acostumbrado á pasar sus veranos en una hermosa casa de campo ó á orillas del mar, como los ricos... todo esto le produjo una melancolía sorda y disimulada. A París me escribió tres años há y decía, entre otras cosas: «¡Ay, amigo! D. José Valero con sus años y yo con mis gustos, andamos por los pueblos como cómicos de la legua...» Notábase, á dos días de distancia, que el artista estaba muy triste. Por entonces se pagaba en Madrid á cinco duros las butacas para oir á una cómica francesa.

Ilustradísimo y con una educación literaria rara entre los actores españoles, á ratos perdidos hacía lindos versos; y entre el fárrago de papeles y notas que yo conservo para publicarlos cuando sea viejo, hay unas traducciones en verso de poesías de Coppée, hechas por Catalina, que pueden competir con los originales.

Después de todo, y aunque haya muerto pobre y un si es no es olvidado, deja un grato recuerdo este actor singular, en quien siempre se estimó á la vez al artista y al caballero, y ha llenado su vida amando lo que hay que amar para sentir las grandes emociones que hacen

dichosa la vida; el arte y las mujeres. ¡Cuántas le habrán llorado, y cuántos nombres bonitos acuden á mi memoria en estos momentos!...

No, no los diré, no haya miedo; ya sabéis, oh dulces amigas del amigo desparecido, que sé guardar un secreto; pero sí quiero pediros un favor, porque yo estoy muy lejos y las flores no pueden viajar, porque no viven más que un día. Una de vosotras, la que más le quisiera, compre por mí un ramo de rosas amarillas, envuélvalas en este periódico y colóquelas encima de la tumba de aquél á quien tantos aplausos debo.

NARCISO SERRA

El año 1830 nació Serra. Narciso Saenz Díez Serra le pusieron por nombre. Muchos de sus amigos sabrán ahora por primera vez que se llamaba así.

Siguió la carrera de las armas, y fué un militar alegre, borrascoso, *adán*, según voz generalmente admitida.

Adán se llamó el primer hombre, según la Escritura. Adán llama la humanidad al desaliñado ó poco cuidadoso de sí. Adán era Serra, no es posible negarlo. Le he visto mil veces con su uniforme de capitán de caballería, ó manchado ó desaseado; el tricornio, como él decía, á *media paga*; las botas sin lustre; falta la levita de botones, el cuello grasiento..... y así y todo, era un mozo simpático, querido de las hembras, estimadísimo de sus compañeros de armas. Él podría faltar á una lista, no saber del todo bien

tal cual capítulo de la Ordenanza, ó ponerse, vestido de uniforme, á conversar en medio de la calle con alguna Venus pedestre; pero ¿qué jefe había de amonestar á un oficial que con la misma frescura con que en el campo de batalla daba sablazos, respondía en verso á todo, ponía en verso todos los documentos del servicio, se disculpaba en verso de cualquier falta cometida, y era, en fin, tan poeta, que asombraba á jefes, compañeros y amigos, y no les daba lugar al enojo?

Poco importa al lector saber cómo se deslizaron los primeros años de su vida y los de su carrera. En la batalla de Vicálvaro se dió á conocer como valiente y como poeta. Herido y abandonado en unos trigos con su compañero Pastorfido, de quien era inseparable, pedía socorro en verso y se burlaba en verso de su suerte, echando sangre durante dos horas.

—¡Narciso!—gritaba Pastorfido, herido también á poca distancia, — aquí vamos á quedar durante la noche, sin que nadie acuda á levantarnos.

Narciso contestaba:

«Reniego amén de mi estrella
De poeta y de soldado.
¡Gran batalla hemos ganado;
Tales *puntos* hubo en ella!»

Conocí á Narciso en el Café Suizo, centro de reunión, por el año 60, de una pléyade de escritores, muertos ya ó diseminados por el mundo; era yo entonces casi un niño, y había logrado ingerirme en el periodismo *por tener figura de hombre,* como decía Luis Rivera, que conocía mi edad, disimulada por la barba, que aviejaba mi fisonomía y me hacía pasar por un hombre hecho y derecho. Allí leía yo mis primeras coplas, y Serra me auguraba grandes contrariedades, como cuenta en cuatro versos, puestos de su puño y letra al pie de una pieza que le mandé á consulta:

«Como dé usted en escribir
Con esta fácil soltura,
Pobrecita criatura,
Lo van á usted á partir.»

Poco á poco fuimos intimando; fué el único escritor de entonces en quien no hallé intención aviesa. A mí me encantaban sus versos, y á él le erá agradable darme su opinión franca y sincera sobre los míos. Nunca cesó de prevenirme contra la animosidad ajena.

Vivíamos los dos por aquel entonces tan escasos, que era frecuente entre nosotros irnos buscando todo un día con el solo objeto de hacernos, al hallarnos, esta pregunta al mismo tiempo:

—¿Tienes *luz*?

Luz entre los andaluces significa dinero.

La vivienda de Narciso era curiosísima. El mueble más notable de ella era el asistente. ¡Oh! Aquel asistente, lo mismo que su amo, ha dado muchos chistes á las florestas, almanaques y colecciones de agudezas; con dolor he visto en este género de publicaciones frases de Narciso, que los truchimanes literarios han recogido y merodeado por todas partes, quitándoles la paternidad.

—Toma esos dos reales, le decía un día Serra al asistente, trae tabaco; ¡te advierto que son falsos!

—Está bien, mi capitán, *se sobreplatearán,* decía aquel soldado sin rival.

Y después de *sobreplatear* la media peseta, recorría diez ó doce estancos, repitiéndose en todos la misma escena.

—Una cajetilla.

—Allá va.

—Cobre V.

—Estos dos reales son falsos.

Momentos de silencio. Por fin, el asistente decía:

—Pues..... mire usté, ¡toa la tarde he estao dándoles con azogue y no han podido quedar mejor!

Serra vivía con Pastorfido; éste salía de casa mientras su compañero se quedaba.... por motivos particulares. Todas las tardes á las tres

iba un sujeto á la casa preguntando por Don Miguel.

Serra, que solía abrir la puerta, porque el asistente había salido, recibió por primera vez al desconocido.

—¿Está el Sr. Pastorfido?

—No, señor.

—Pues... le esperaré, si V. me lo permite.

—No hay inconveniente.

—Si me hiciera V. el favor de un cigarrito.....

Narciso sacó la petaca y dió el cigarrito. Pastorfido tardó en venir, y el que le esperaba se marchó.

Al día siguiente, á la misma hora, vuelve el caballero: tampoco estaba Pastorfido.

—¿Me permite V. que le espere?

—¡Si, señor!

—¿Tiene V. un cigarro de papel?

Narciso dió un cigarro de *tres* que tenía. Al cabo de dos horas el desconocido se marchó renegando de su D. Miguel.

Pasan veinticuatro horas, durante las cuales Pastorfido se propone que su hombre no le encuentre nunca.

Suena otra vez la campanilla, y Narciso mira por el ventanillo de la puerta quién llama.

Es el sujeto de la víspera, que pregunta:

—¿Está D. Miguel?

Y Serra, cerrando el ventanillo, contesta:

—¡¡¡No tengo!!!

....

Al lector le agradará más, seguramente, conocer estos detalles de la vida íntima del poeta que noticias sin interés. Por ejemplo, que tuvo un pleito sobre perjuicios causados por una Empresa que retiró una obra del autor, á pesar de dar buenas entradas. Serra cita al Empresario á juicio de conciliación; lleva de hombre bueno á un compañero de letras; éste toma la palabra, habla una hora, y el juez da la razón á la Empresa.

Y Serra exclama en pleno Juzgado:

«¿Paco, mereces un palo
Por ese discurso ameno!
¡Yo te traje de hombre bueno,
Y me has salido hombre malo!»

Hablemos ya del escritor.

Muerto Bretón, si no para el mundo, para el teatro, el público necesitaba un sucesor de aquel inimitable poeta cómico. Cada época ha tenido el suyo. Después de las comedias del autor de *Marcela* vinieron las comedias de Serra. La aparición de *Don Tomás* en la escena declaró la existencia de uno de esos poetas con personalidad propia, con estilo *sui géneris*, que no se confunden con ningún otro. Poetas que, sin ser auto-

res de inventiva, sin hacer comedias que se celebren por lo bien pensado del enredo, ó por la transcendencia del pensamiento en que se fundan, seducen al público con la magia del estilo, logran que sus personajes vivan constantemente en la memoria de una generación, ponen de moda versos, que una vez oídos no se olvidan jamás, y son, en fin, la representación de una época. ¿Qué ha probado Bretón en sus comedias? ¿Qué Serra en las suyas? Pintores de las costumbres de su tiempo, observadores fieles de cuanto á su alrededor pasaba, llevaban al teatro cuanto de cómico y risible hallaban en el mundo. Para conseguir el aplauso de este modo, no hace falta una vasta instrucción, ni una educación literaria completa, ni ser atildado en la frase, ni retocar y corregir una y mil veces los versos ó la prosa. Basta con haber nacido poeta y observador. Esto es lo que no se aprende en las Aulas, ni en las Academias, ni en los Ateneos; esto es lo instintivo, lo adquirido de la naturaleza, lo que se llama *genio*, en fin, que ora produce el *Hamlet* ó *El Sí de las niñas*, ya crea *Cinna* ó *El Cuarto de hora*, ya engendra *La vida es sueño* ó el *Don Tomás* según las aficiones de cada autor y la altura de sus miras.

Don Tomás cautivó de tal manera al público de Madrid, que desde entonces el nombre del Capitán de Caballería cuyos versos competían en galanura con los de nuestros más celebrados poetas

y literatos, quedó consagrado como uno de los más dignos de la pública admiración. La crítica pudo no ser benévola con el autor, pero hizo debida justicia al poeta. Desde aquel momento, siempre que el público sabía que alguna empresa preparaba comedias de Narciso Serra, acudía con entera seguridad de que iba á oír los versos más fáciles, más espontáneos, más encantadores. Aquellos famosos romances agudos que Serra escribía sin enmendar un solo renglón y *salían hechos*, como suele decirse, quedaban grabados en la memoria del espectador para siempre. Desde aquel momento también los Directores del teatro de la Zarzuela, entonces tan en moda, se propusieron que Serra fuera el poeta de la casa, y la musa que hubiera producido tantas comedias se entregó en cuerpo y alma al híbrido conjunto que unas veces se llama zarzuela, otras drama lírico, otras *disparate*, otras *pasillo*, cuándo *sainete*, cuándo *balada*.

Entonces escribió Narciso su *Último mono*, *En la cara está la edad*, *El loco de la guardilla*...

Superior, si cabe, al éxito de *Don Tomás* fué el de esta encantadora escena, que D. Juan Eugenio Hartzenbusch había imaginado como cuento, y que Serra llevó al teatro, vistiéndola de tal manera, que alcanzó uno de los mayores triunfos que registra el teatro contemporáneo.

Alternando con estas obras, pasando de la

Zarzuela al Español, del Circo á Variedades, escribió Narciso, siempre necesitado y en constante apuro, otras varias obras. Cinco años tardó en conocer el público *Luz y sombra, balada* que mereció también éxito extraordinario, y que á su aparición en la escena encontró al autor ya postrado por su penosa enfermedad, y al público ávido de volver á aplaudirle. Sentado en una silla hubo que sacarle á la escena á recibir inmensa ovación. «¡Ya no escribirá más!», decíamos todos. Tiene muerto medio cuerpo, decía su médico; éstos son tal vez sus últimos versos.

Al poco tiempo escribía *El Amor y La Gaceta,* como si estuviera en cabal salud y en contacto incesante con los tipos en las comedias retratados. Después un drama, luego una comedia, luego un sainete; en suma, Narciso enfermo ha hecho el mismo número de comedias que sano.

Sería interminable la relación de sus *obras sueltas.* Obras sueltas llama un académico á las ocurrencias particulares de Serra. Los ocho ó diez años que fué el poeta de la Zarzuela no cesó de decir cosas tales, que si se hubieran reunido, formarían hoy una colección inapreciable. ¿Se anunciaba una Zarzuela de dos autores que á él no le parecían buenos, y Caltañazor no trabajaba en ella? pues Narciso, antes de que se levantara el telón, decía:

Música de Cepeda,
Letra de Ramos,
¿Y no sale Vicente?
¡Frescos estamos!

¿Se trataba de juzgar á un artista? Pues sin ofenderle le retrataba.

Aunque hagas de emperador
En la obra más excelente,
¡Tú siempre serás... Vicente!
¡Vicente Caltañazor!

Le decía Reguera, empleado del teatro, que hiciera el favor de avisar á Oudrid para que subiese á la Dirección á última hora, y Serra, asomándose al cuarto de Caltañazor, donde estaba Oudrid, exclamaba sin pensarlo:

Oudrid, me ha dicho Reguera
Que al acabar la función
Subas á la Dirección,
Que en la Dirección te espera.

Díganme si esto puede hablarse mejor en prosa.

Las *semblanzas* de los actores de su tiempo las sabe todo el que figura en las letras.

Terminaremos diciendo cómo era.

Serra era un hombre de regular estatura, fornido, grueso, rubio, con ojos azules, vivos y penetrantes, calvo, descolorido, de rostro carnoso,

ancho de hombros, *achaparrado*, como suele decirse. Él aseguraba que de todo tenía figura menos de poeta, y decía verdad. Como Manuel del Palacio, más parecía un hombre de negocios que un escritor. Era, según expresión de Ventura de la Vega, un *militarucho* que llevaba escondido dentro un gran poeta.

Ha muerto á la edad de cuarenta y siete años, conservando hasta el último momento su inteligencia poderosa. Faltóle el habla, pero no la voluntad. En los últimos años se había hecho devoto. Perdida por completo la salud y esperando la muerte, volvió los ojos al cielo el que había sido en sus mocedades sobrado descreído. Murió en el Señor con unción admirable. Su última palabra fué para mí. «*Adiós, hijo mío*», me dijo la entrevíspera de su muerte. Ya no habló más.

MARIANO FERNÁNDEZ

Famosísimo era Juan Rana en España y aun fuera de ella dos siglos há; no lo fué menos Damián de Castro, célebre en las comedias de figurón; Miravet, valenciano, hizo desternillar de risa al público de Madrid y al de las provincias por donde anduvo; y Alonso de la Vega y Sebastián de Prado fueron, á la vez que los ídolos populares, los protegidos de la nobleza y de la corte; todos ellos cómicos antiguos.

Cada siglo ha tenido los suyos desde que el teatro fué entre nosotros espectáculo organizado. En el actual ha habido dos comediantes aplaudidísimos del público español, y en particular del madrileño. Era el uno Guzmán, de inolvidable memoria; el otro se llama *Mariano.*

Porque, aunque en los carteles se le llama *D. Mariano Fernández* y entre bastidores Mariano

Fernández, y él quisiera llamarse Ilustrísimo Señor Don Mariano Fernández, pues hasta comendador de Isabel la Católica le hizo un Gobierno; pese á las leyes de la cortesía y á las ilusorias categorías mundanas, el pueblo, que le ha dado la primera entre los cómicos de su tiempo, no pasa por el tratamiento que le pudieran dar los hombres de su época.

Es *Mariano*, el delicioso *Mariano*, á quien va gente á oir cantar la jota y bailar si es preciso, y á transformarse en pavo en la comedia de magia, con su encomienda y todo.

No le hay más popular entre los actores de su tiempo; difícil es que al verle por la calle deje de sonreir el transeunte recordando algunas de las comedias en que le ha visto y aplaudido; y por más que él se empeñe en guiar su coche con la seriedad de un banquero cuando va por las tardes al paseo del Retiro, detrás de aquel caballero particular tan grave y tan erguido, nosotros hemos de ver siempre al artista sin igual, que en cuanto aparece en la puerta del foro, arranca un murmullo de satisfacción ó una carcajada general con que el público saluda al que le va á hacer felíz durante la noche.

Mariano Fernández, como Matilde Díez, es madrileño. Estudió en el Conservatorio, donde le enseñaron los rudimentos de su arte Pérez, Caprara, Latorre y García Luna, pero no pasó de un año su estancia en aquella Academia.

Obtuvo la medalla de primera clase y entró *á prueba,* como era entonces uso, el año siguiente de 1833. Solo, sin recomendaciones previas, y en tiempos en que la *claque* era desconocida, hizo su primer ensayo ante el público con el *Perico* de *La Mogigata.* Los aplausos de aquella noche y de la siguiente fueron tantos, que á los dos días le contrató D. Juan Grimaldi, director del teatro, para la próxima temporada.

Es curioso este primer ajuste, que da una idea de los tiempos y de los progresos del teatro. Mariano Fernández firmó su contrato como *segundo de Guzmán* y con el sueldo de 20 reales diarios.

Al lado de Guzmán aprendió mucho. «*Marianillo,* le decía el gran actor, no seas vanidoso y aprenderás; no me imites á mí, imita á *ése. Ése* es un actor, y los demás no somos nada.»

ÉSE era *Julián Romea.*

Tenía, sin embargo, Mariano más que aprender de Guzmán, actor cómico en boga, que del eminente actor serio. *Marianillo* había comenzado por ser un cómico del patio, un amigo de la gente que va al teatro á divertirse, y para esto se necesita ser de la madera de los mismos que aplauden, identificarse con el público, improvisar coplas de circunstancias, rendir culto á la actualidad, y hasta ser miliciano nacional cuando reina la bullanga. Mariano era todo esto, y el pueblo le tomó entrañable cariño.

A los dos años se halló con su padre enfermo y su renta escasa, y aceptó un contrato para Cádiz, donde se le presentaba ocasión de ser *primer actor cómico,* categoría que entonces se conquistaba lentamente, y ganar más sueldo que el *triste duro* del teatro de la Cruz. Salió, pues, para Andalucía, y en Cádiz y otros puntos pasó cuatro años.

En Cádiz estrenó *La Pata de Cabra,* que tantas ocasiones le ha ofrecido de improvisar canciones. En esta comedia y en *Los Polvos de la Madre Celestina* es donde el popular actor luce su fácil vena de poeta popular y chistosísimo representante. Desde los tiempos en que Damián de Castro salía al tablado y decía versos de su cosecha, improvisador y atrevido, no se ha visto actor de desparpajo semejante ni más ocurrente en materias de improvisar (1).

En los comienzos de su vida artística se inició

---

(1) En las bodas del rey Luis I con la Duquesa de Montpensier hubo comedia en el Buen Retiro; con asistencia de los reyes. Salió Damián de Castro, y comenzó una relación que decía:

Ea, señor Don Felipe,
Señora Doña Isabel,
Señor Don Luis y Madama
De Asturias y Montpensier,
Ya estamos todos acá.

como poeta y cómico, y desde entonces no perdona el vulgo ocasión de poner á prueba su facilidad y su descaro.

Vuelto á Madrid el año de 1840, siendo Romea empresario del teatro del Príncipe, tornó á ajustarse. También estaba allí Guzmán, y en cuatro años que juntos hicieron las delicias del público, quedó afirmada la reputación del segundo, que era mucho lograr en pleno auge del primero.

El 44 volvió á Andalucía, y desde entonces hasta el 56, es decir, durante doce años, Mariano fué no sólo actor, sino cantante. La zarzuela había invadido los teatros, y los empresarios la preferían á toda obra dramática, porque era el *género* de moda.

¿Y quién la había puesto de moda sino el mismísimo Mariano Fernández?

¡La primera zarzuela que se ha cantado en el presente siglo era suya!

Él, traspasando los límites de la tonadilla, y dando á ésta un carácter más completo de obra cómico-lírica, escribió antes de esta segunda excursión *La Castañera*, obra famosísima, de la cual sería imposible calcular el número de representaciones que se han dado. *La Castañera*, que todos hemos cantado de niños; *La Castañera*, en fin, cuyo protagonista hizo en el teatro del Príncipe..... Matilde Díez, con el autor que la escribió y la estrenó y con el célebre Perico Sobrado, ¡inmortal entre bastidores!

¿Qué mucho que los empresarios de provincias vieran en Mariano un zarzuelero popularísimo? Cantó todo el repertorio, desde *El Valle de Andorra* hasta *Los Diamantes de la Corona*, y volvió á Madrid con una aureola de popularidad indescriptible.

Ya una vez aquí, se dedicó á la comedia en toda su pureza. Julián Romea, su íntimo amigo, le apartó de lo lírico, y el actor popular fué artista de gran acierto cuando quiso serlo. Desde entonces hasta hoy nadie ha sabido hacer como él los graciosos del teatro antiguo, prueba dificilísima para un comediante, porque no hay nada más peligroso para un actor moderno que hacer aplaudir á los contemporáneos el lenguaje especial y algunas veces grosero de aquellos criados, que dos siglos atrás desbarraban impunemente en el Corral de la Pacheca ó en medio de la calle. Mariano da un colorido especial á estos papeles, *los borda,* como suele decirse en la jerga de telón adentro, y los declama con entonación *sui generis,* que ningún otro ha creado. Es indudablemente en lo que ha sobresalido como artista notable. Cubas y Guzmán comenzaron á iniciar esta declamación *ad hoc,* y Mariano Fernández la ha heredado. No se anuncia en los carteles *El Desdén con el desdén,* sin que los contemporáneos de Guzmán asistan á la representación, para ver en Mariano á los dos actores: al muerto en lo discreto, y al vivo en lo gracioso.

Gran triunfo suyo fué la interpretación del Perich de Naclara de la *Venganza Catalana*. En aquella noche dobló su reputación el actor popular y ocupó digno puesto entre los primeros *galanes*. Viéndole hacer á los pocos días *El Memorialista*, comedia en que todo lo que dice es ya suyo, se puede asegurar que Mariano dejará un gran vacío el día que su voz no suene en la escena.

El público le quiere con delirio, y él corresponde dignamente. No hay acontecimiento en que su nombre no tome parte.

Y es á veces tan delicado y sentimental como no pudiera esperarse.

Por ejemplo. Cuando Julián Romea, después de una enfermedad grave, se presentó en la escena del teatro de Variedades á recibir la ovación más grande que hemos visto hacer á actor alguno, Mariano, terminada la representación del *Hombre de mundo*, le dijo:

De lágrimas un raudal
Me hiciste verter un día,
Enfermo en el Escorial,
Y hoy, que en bien se trueca el mal,
Lloro, Julián, de alegría.
Y estas lágrimas, que yo
Sé que al alma han de llegarte,
Son del que siempre te amó,
Del que contigo estudió
Este tan difícil arte.

. . . .
¡Sigue, gloria de tu edad,
Enseñando esa preciosa
Difícil facilidad,
Escuela de la verdad,
Creación tuya famosa!

Y así por el estilo sigue diciendo delicadas frases. Pero donde suele echar, como vulgarmente se dice, *el resto,* es en el género festivo.

¿Canta el *Trípili* con la Cairón y Romea (*Julianito*, para diferenciarle de su tío) y le piden coplas? Pues no hay cuidado, que á él se le ocurrirá decir en el acto:

Yo soy una codorniz
Y Julián un ruiseñor,
Y la Cairón un canario...
¡Canario con la Cairón!

¿Se habla en Madrid de atropellos, y desórdenes, y desmanes de cierta partida famosa? Pues él, sin miedo á nada, canta en el tercer acto de los *Polvos:*

Si así continúo dando
Voces como una cotorra,
El público va á mandarnos
La partida de la Porra!

¿Se inaugura el viaducto de la calle de Segovia y ha de pasar por él la comitiva que conduce los restos de Calderón á la Sacramental de San Nicolás? Pues aquella misma noche sale

Mariano á la escena del teatro Español y lee estos versos, que ha hecho por la tarde:

No en vano el número trece
Consideran los mortales
Como engendrador de males,
Pues casi siempre aparece
En circunstancias fatales.
Hoy tropezó CALDERON
Con esa fecha funesta
Al tornar á su panteón,
Y vino á aguarle la fiesta
El agua de un chaparrón;
Y un murmullo singular
Repetía en todas partes:
«¿Quién ha mandado sacar
Este muerto á pasear
En día *trece* y en *martes?*»
Yo, que iba de aficionado,
Aguantando el remojón,
Fijé la vista pasmado
Y ví lo que no ha notado
Nadie de la procesión.
Vi que la hermosa Talía
Al sarcófago tocaba,
Que el sarcófago se abría,
Y la Musa saludaba
Al muerto que dentro había.
Éste alzó la calva frente,
Miró asombrado, y «¡Dios mío,
Exclamó:—ó estoy demente,
O me hallo encima de un puente
Que abajo no tiene río!»

Así continúa toda la composición, una de las más festivas que ha hecho en su vida.

Y á fe que en su vida hay sucesos tan dramáticos como no los habrá experimentado nadie.

Dos hijos de diez y ocho y veinte años respectivamente perdió en el breve espacio de pocos días, él, que era amorosísimo padre; y aun no enjuto el copioso llanto que tan dolorosa pérdida le causara, hubo de salir á la escena del teatro Español á representar una de las obras en que más alegre y expansivo debía mostrarse.

Fué entonces cuando con lágrimas en los ojos dijo, al escuchar la salva de aplausos con que el público, que no tiene otro lenguaje que el de las manos, le saludó al verle en el tablado:

¿Cómo podré demostrar
Lo que en mí siento, decid,
Si en la vida podré hallar
La manera de pagar
Al público de Madrid?

....

Dos hijos perdí en un día,
Ya mozos; eran mi amor,
Los únicos que tenía;
¡Juzgad para el alma mía
Si cabe pena mayor!

Pinta su desconsuelo, da gracias al público y ofrece no ser ingrato jamás, y concluye diciendo, ya con el entusiasmo de su arte:

¡Jamás pienso despedirme
De tí, que alivias mi pena:
Siempre aquí firme que firme...
El día antes de morirme
Abandonaré la escena!

Es, en efecto, Mariano el actor más entusiasta que hemos conocido. Todos sus disgustos con las Empresas se fundan en que siempre cree que trabaja poco. Quisiera hacerlo todo; y su carácter es tal, que no reconoce obstáculos para salvar las dificultades; él puede hacer el galán, y el barba, y el gracioso; acaba la temporada en Madrid haciendo papeles festivos, y se va á las provincias á hacer los protagonistas de los dramas.

Es cómica su vida y milagrosa; sus vuelcos (los de su coche) le rompen los huesos y se ocupa de ello todo el mundo; propietario en Pozuelo, ha labrado allí una finca que es su monomanía; allí se pasa todas las horas que el trabajo se lo permite; allí se va siempre que ha de tomar la limonada *popular* del doctor Simón, de que hace uso frecuente (!!!); allí le han ido á buscar más de cuatro empresarios y le han encontrado como á Cincinato ó á Espartero pasando tranquilas horas entre las hortalizas; y por mucho que le agrade, nunca ha dicho que nó cuando se le ha ido á buscar para volver á la escena del teatro Español.

Ocupa siempre el cuarto que tuvo Guzmán, y en él, vestido ya de almogavar ó de D. Junípero, aprovecha el entreacto para jugar á la báciga con su mujer y un par de amigos. Calderón y Lope le contemplan desde la pared, donde les tiene colocados en bustos de yeso. En aquel cuarto ha tenido siempre modesta tertulia de amigos íntimos, que han admirado su buen carácter... y sus sombreros.

¡Oh! Los sombreros de Mariano Fernández son ya célebres. Posee una colección inapreciable. Para cada obra de las mil de su repertorio tiene uno, que procura sacar siempre oculto, para lo cual finge que lleva las manos cruzadas atrás, y cuando el público menos lo espera, se planta una de esas chimeneas de inaccesible altura que producen tanta sorpresa como efecto. Hombre ejemplar, cómico delicioso y ciudadano pacífico, nadie le ha censurado, nadie le ha disputado su suerte, nadie le ha mordido... excepto un perro que le embistió hace dos años entre Pozuelo y Madrid, y dió ocasión á la prensa para muchos sueltos, hijos de la duda de si estaría ó no rabioso.

A los pocos días se averiguó que el que estaba rabioso era Mariano, no de hidrofobia, sino de no poder cantar una tonadilla de su invención, que luego se ha hecho, y que se llama *El Loro y la Cotorra.*

Esta tonadilla comienza... Pero no, no hay

para qué contarla; id á verla y aplaudir á Mariano Fernández, autor, actor, músico y danzante, en el buen sentido de la palabra.

EL MAESTRO ARRIETA

ARRIETA es un hombre tan popular como el compás de la Jota Aragonesa. Arrieta es un aire, una canción, una barcarola; hay algo en el mar que le recuerda. Allá en los confines de la Nubia y en un barco árabe, donde navegábamos alemanes, franceses y españoles, nos despertó una mañana un marinero italiano, al servicio del Kedive, cantando aquello de

Dichoso aquél que tiene
Su casa á flote,
Y á quien el mar le mece
Su camarote.

—¡Compañero! —me gritó desde el entrepuente el Duque de Tetuán, compañero mío en aquel largo viaje, —¿ha oído usted la música de su amigo?

Era en efecto halagador para su amante de las glorias de España oir en los alrededores de Tébas la música del autor de *Marina!*

El autor de *Marina,* este compositor cuya edad no frisa con año ninguno, porque yo siempre le hallo igual, y hace diez y seis que le trato, nació en Puente la Reina, pueblo famoso en los anales de nuestras guerras civiles. De allí vino á Madrid á estudiar composición, que casi tenía aprendida desde la cuna. De Madrid fué á Milán en 1829, donde estuvo siete años, fueron para él base de futuros, legítimos triunfos. Allí compuso su primera ópera, *Ildegonda,* que cantaron los alumnos de aquel Conservatorio, y que la culta sociedad milanesa celebró como obra maestra de un joven imberbe. Allí aprendió á sentir, á componer, á creear; de allí vino á España con pesar, porque Italia le atraía, y le atrae hoy al cabo de sus años.

El 46 volvió á Madrid hecho un músico de primera fuerza.

Don José Salamanca le encargó el himno á Pío IX. Un himno con que la España católica quería cantar la exaltación al solio pontificio del cardenal Mastai-Ferreti. Verificóse la primera audición en el Circo de la plaza del Rey, teatro entonces de grandes acontecimientos. Aquel teatro, del que sólo quedan ya cenizas, era entonces una de las primeras calaveradas industriales de un hombre emprendedor, que luego

se ha llamado Marqués de Salamanca. Allí había traído los primeros cantores del mundo, y en aquel escenario ofrecía Terpsícore á los asombrados ojos de los *gomosos* de la época una docena de hermosuras coreográficas, que luego habían de ser grandes de España, *políticas* y banqueras. El ejemplo de Lola Montes cundía, y la sangre azul se desteñía entre los bastidores. Aquél era el teatro de moda y el comienzo del deshielo en las altas regiones. Allí dirigió Arrieta su himno al Papa en los entreactos de esos dramas pedestres en que se siente á saltos y se balancea el corazón de los invencibles!

Arrieta estaba en moda. Su *Ildegonda* se cantó en Palacio; el estudiante navarro era ya nada menos que profesor de la Reina de España, que aprendía á cantar por entonces. Con inusitado lujo hizo montar un teatro en su regio alcázar, para que en él se representaran las óperas del compositor de cámara, y á la *Ildegonda* siguió *La Conquista de Granada,* que obtuvo éxito completo.

En éstas y las otras apareció la zarzuela en España, y apenas cundió el éxito de *Jugar con fuego* y del *Valle de Andorra,* Arrieta ganó su primer puesto entre los autores de la música popular, escribiendo una de las partituras más bellas del repertorio. Camprodón le dió un libreto que se llamaba *El Dominó azul,* y que desde entonces acá constituye una de las obras indispensables en todo teatro lírico español. Salas

y González, la Santa María y la Moreno estrenaron estas bellísimas zarzuelas, cuyos *números* ó piezas de música repitió España durante mucho tiempo.

Ya era por entonces Arrrieta amigo y compañero de Ayala, de quien no se ha separado ni un día hasta la muerte; ambos comenzaban su carrera artística y literaria de una manera gloriosa; ambos tenían el entusiasmo y la fe propios de la juventud; reunían á su calidad de artistas una figura hermosa (cuentan que Arrieta era un gallardo mozo), y se habían unido formando un solo espíritu. El año de 53 escribieron juntos una zarzuela titulada *La Estrella de Madrid*, por cuyo éxito temían, y para luchar con el temor se fueron á comer aquel día á la celebérrima fonda de Perona, de donde salieron tan bien preparados á toda contrariedad, que Arrieta deplora hoy día de la fecha no haber podido conservar íntegro en la memoria el discurso que en contra de los juicios del público hizo su amigo desde la fonda al teatro. La zarzuela gustó á pesar de todo.

El estreno del *Grumete* aquel mismo año anunció un músico notabilísimo. A la delicada creación de García Gutiérrez puso Arriera una melodía encantadora, que coronó de gloria á los autores de aquel interesante cuadro lírico-dramático. *El Grumete* es una poesía musical, y Arrieta supo cantarla como nadie.

Pero quedábanle mayores triunfos que lograr y en circunstancias semejantes á las que otros genios de la música atravesaran en parecido caso.

El año 55, en pleno bienio, cuando alguien suponía (y tal vez con razón) que Arrieta, constante *adlátere* de Ayala, colaboraba en *El Padre Cobos*, para cuya suposición era bastante causa la sal ática que Arrieta vierte en toda conversación, y su ingenio, por nadie desmentido, para hacer frases gráficas y punzantes, se anunció en los carteles del teatro del Circo una zarzuela nueva. La Empresa y los artistas la ensayaban con amorosa impaciencia. Gaztambide escribía á Ayala, que había salido para Guadalcanal: «La nueva zarzuela de Emilio, *Marina*, es notabilísima, es una verdadera ópera española al alcance del vulgo; gustará mucho, estoy seguro.» La *Amalia Ramírez*, llamada por entonces *Perla de la Zarzuela*, Font, Salas y Cubero, se hacían lenguas de la *partitura*. Y sin embargo, la acogida que el público le dispensó fué tan fría, que ni siquiera pidió el nombre de los autores.

Así le había sucedido á Rossini con el *Barbero*, y antes á Bellini con la *Sonámbula*. *Marina*, que era, es y será la obra maestra del drama lírico español, duró muy pocas noches en el cartel del Circo. El libro desagradó; la música se oyó casi en silencio. *Peor para ellos*, hubiera dicho Julián

Romea si la obra hubiera sido una comedia, según tenía por costumbre cuando los espectadores no opinaban como él en los estrenos de obras de su gusto.

Pero poco á poco la obra fué extendiéndose por las provincias; de día en día, de mes en mes y de año en año fué acercándose de nuevo á la corte; donde quiera que se había ejecutado había merecido aplauso, y todos los cantantes que venían por primera vez á Madrid querían hacer su *debut* con aquella obra, en que tanto se habían lucido; Madrid oyó las glorias de Arrieta en *Marina,* y se avergonzó de no haber sido la primera en concedérselas. Comenzaron las disculpas.—Se había estrenado en pleno cólera.—El público estaba entonces retraído...—En resumen, las provincias, más sensibles á lo ideal que la estragada corte, impusieron á ésta el éxito, y *Marina* renació de sus cenizas para no volver á morir nunca. Tradújola al italiano un poeta célebre contemporáneo. Cantóse en Milán y en Florencia y en Nápoles; recorrió la Europa aquella melodía llena de color y de *sabor,* como decía un gran maestro; *Marina* es una inspiración colosal de las que un autor sólo da una muestra, porque para este género de creaciones se dijo lo de *non bis in idem.*

El 56 hizo *Guerra á muerte* con Ayala. Hubiera escrito con él todas sus obras, pero Ayala tendió su vuelo á mayor altura, y conquistó la es-

cena del Teatro Español con dramas y comedias. Arrieta entonces se unió á García Gutiérrez, que en pocos años le escribió bellísimos libros de zarzuelas, dignos por la forma, del músico que había de cantarlas.

Los *cantos* de García Gutiérrez son siempre *musicales*. Es una manera la suya de sentir lo que ha de cantarse, que no tiene rival; sólo él sabe decir lo que se ha de expresar cantando; por eso en sus zarzuelas el espectador escucha á la vez la letra y la música, lo cual no suele suceder en la representación de obras de otros autores. Arrieta ha interpretado siempre el sentimiento que hay en todas las obras del autor del *Grumete* y de *Azón Vizconti*.

Grande, extraordinario éxito alcanzaron poeta y músico en *Las dos Coronas*, zarzuela en que la Ramos obtuvo su mayor triunfo artístico. No fué menor el de *Azón Vizconti* y *El Planeta Venus*, este último del inolvidable Ventura de la Vega. Vino *Llamada y Tropa*, en que la musa del autor del *Duelo á muerte* echó una cana al aire, y ofreció al público una zarzuela esencialmente cómica, en la que Arrieta se mostró alegre y retozón, haciendo una jota popularísima. *La Vuelta del corsario*, *El Capitán negrero* y las zarzuelas del autor de estas líneas dieron nuevas ocasiones á Arrieta de glorias legítimas é imperecederas. Su entusiasmo por la música es tal, que nada lo amengua; da gozo verle al piano haciendo

oir una pieza suya ó ensayando en el saloncillo del teatro; desde el primer ensayo hasta el último Arrieta se multiplica, quiere hacerlo todo, siente que el libro no sea suyo para poder cantarlo él mismo.

Su buen humor y chistes oportunísimos son tan conocidos, que cuantos le conocen los recuerdan siempre. En los estrenos se le ocurren siempre grandes cosas. Es viajero anual, infatigable *tourista*, que no perdona su visita anual á las orillas del Rhin ó á su querida Italia. El mar le *desafina;* una vez, viajando á bordo de un vapor con un poeta muy conocido, le decía éste, harto de echar el alma por la boca y viéndole tan mareado como él mismo:

—¡Maestro, esto es horrible! ¡Yo ya no tengo nada que echar!

—Pues yo, decía Arrieta entre las bascas del mareo, ¡yo he echado ya hasta el segundo apellido!

Es activo, madrugador, gastrónomo y soltero, decía un amigo suyo; cuatro condiciones de felicidad.

Nombrado profesor del Conservatorio el año 57 y Director el 69, ha dado discípulos que se llaman Aceves, Fernández, Chapí, Bretón. Discípulos á quienes ama como á hijos y á quienes alienta sin cesar en su carrera. Chapí es su obra maestra.

—Maestro, le decíamos en cierta ocasión á Arrieta, ¿por qué no se ha casado usted?

—Porque no he tenido tiempo, respondía en el acto.

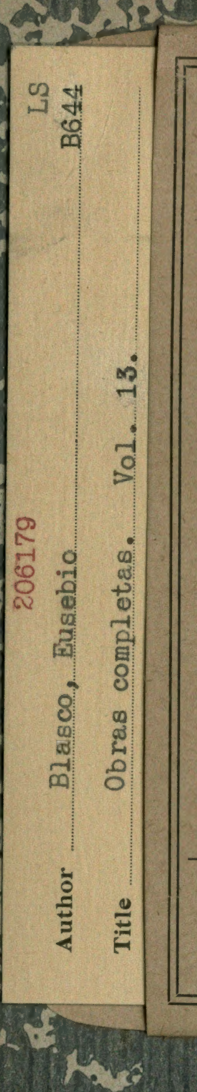
En efecto, no le ha sobrado mucho. Óperas, zarzuelas, magisterio y viajes le ocupan siempre. Apenas le queda tiempo para comer, y á fe que debe sentirlo, porque Brillat Savarin hubiera reconocido en él, no un sectario, sino un sacerdote; nadie sabe mejor que Arrieta disponer una comida y aderezar una ensalada rusa.

Prueba de ello podía dar aderezando la que acabamos de pergeñar en estos apuntes.

FIN DEL TOMO XIII

INDICE




LS
B644
206179
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 13.

